

BOLSIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

ASESINATO
EN PALACIO

***Lou
Carrigan***



ASESINATO EN PALACIO

LOU CARRIGAN



Colección
SERVICIO SECRETO n.º 1.687
Bruguera, 1979

Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES
CARACAS — MEXICO — RIO DE JANEIRO



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

JEAN Duvalier se hallaba en el bar del hotel George V, de París, conversando con tres hombres, todos sentados alrededor de una mesita, cuando vio aparecer al conserje mirando a todos lados. Las miradas de ambos se cruzaron, el conserje hizo una seña discretísima, y Duvalier asintió con la cabeza, haciendo al mismo tiempo una no menos discretísima señal de espera.

Dedicó de nuevo su atención a los tres hombres, sonriente.

—Bien, supongo que están ustedes de acuerdo, caballeros.

Los tres asintieron, y uno comentó:

—Sigue pareciéndome todo increíble, pero si es una broma al menos tiene gracia.

—No es ninguna broma, y ustedes podrán comprobarlo.

—Cuando menos, será divertido —comentó otro.

—Siempre es agradable encontrar algo nuevo —dijo el tercero—. La monotonía de la vida es a veces exasperante, ¿no están de acuerdo?

—No creo que sus vidas hayan sido demasiado monótonas —rió cortésmente Duvalier—, pero sí les aseguro que lo serán menos a partir de ahora. ¿Ha quedado todo entendido? ¿Tienen ustedes alguna duda?

—Todo está muy claro, monsieur Duvalier.

—Magnífico. Nos veremos a la hora de la partida. Y ahora, si me disculpan, iré a atender un recado. Supongo —sonrió— que se trata de otra persona que desea ser invitada a palacio.

—Bueno —dijo el de más edad—, cuantos más seamos más nos divertiremos.

Hubo sonrisas, despedidas finales, y Duvalier se puso en pie y se acercó al conserje, que esperaba cerca de la puerta del bar.

—¿Y bien? —inquirió Duvalier.

—Una dama pregunta por usted, monsieur.

—¿Una dama? —se sorprendió Duvalier.

—Así es, monsieur. Le está esperando en el vestíbulo.

—Muy bien, vamos allá.

Salieron del bar. Jean Duvalier se sentía desconcertado. ¿Una dama? Bien cierto era que él no esperaba la visita de ninguna dama, pero si el conserje lo decía no había más que hablar. El hombre había recibido

instrucciones muy concretas para atender a las personas que llegaron al hotel preguntando por monsieur Duvalier.

Ya en el vestíbulo, el conserje miró hacia un grupo de butacas, y Duvalier, siguiendo la dirección de su mirada, vio a la mujer. Estaba sentada en una de las butacas, fumando. Se hallaba casi de espaldas a la puerta del bar, de modo que Duvalier no pudo ver su rostro, salvo apenas el perfil de la frente y la nariz. Su cabellera sí podía verla perfectamente, larga y negra, suavemente ondulada. Y tan sólo viendo la cabellera Duvalier se dijo, que la mujer debía ser muy hermosa.

Además, veía sus piernas, cruzadas con elegante gesto. Unas piernas perfectas, mórvidas, bien torneadas, rematadas por pequeños pies. Se fijó en los zapatos, que, como el resto de la indumentaria, era de primerísima calidad.

Sí, una dama, el conserje sabía distinguir, por supuesto.

Duvalier le agradeció el servicio, y se dirigió hacia la mujer, sin dejar de observarla. Se fijó en la mano que sostenía el cigarrillo, manicurada de rosa perla, en un tono, muy suave. Una mano perfecta, bella, elegante...

Cuando llegó ante la mujer, Duvalier ya se había preparado para contemplar una belleza como seguramente había visto pocas en su vida. ¡Y vaya si había visto bellezas monsieur Duvalier! Aunque una más no iba precisamente a molestarle...

Jean Duvalier se llevó una sorpresa cuando se detuvo ante la dama. Y no fue, desdichadamente, una sorpresa agradable. Le había ocurrido alguna que otra vez, y, como él decía, todo se reducía a una tremenda decepción. Una decepción que él definía así: por detrás tentación, y por delante arrepentimiento.

Y ello porque, si bien vista por detrás la dama resultaba exquisita y provocaba no pocas tentaciones, uno se arrepentía de ellas al verla por delante.

Era fea.

Simplemente, era fea.

Aunque, quizá, no tan simplemente. Sus ojos eran grandes y oscuros, y su boca sonrosada quizá era bonita. Pero el conjunto no sólo resultaba feo, sino un tanto... desagradable. Tenía las fosas nasales demasiado anchas, las cejas demasiado espesas e hirsutas, y, bajo el magnífico maquillaje se vislumbraba una delgada cicatriz que recorría el pómulo izquierdo. Era una lástima, una verdadera lástima que la fachada de la dama no correspondiera a la parte posterior.

Pero, en fin, Jean Duvalier era demasiado educado para expresar su decepción. Ni tan siquiera su sorpresa por haber sido requerido por aquella desconocida. Su gesto fue de cortés interés cuando dijo:

—¿Me busca usted, madame? Soy Jean Duvalier.

La mujer sonrió, y Duvalier se llevó otra sorpresa desagradable. Era lo que vulgarmente se llama una dentona. Mientras sus labios permanecían cerrados, bien, la boca casi parecía bonita. Pero ahora, al sonreír, la dama mostró una dentadura bastante saliente y desigual. Pobrecilla. Ella debía saber que su dentadura era fea, porque la sonrisa fue apretada, como resistiéndose a la exhibición, dental.

—Perdone —dijo—, no entiendo muy bien el francés. ¿Quizá habla usted inglés, monsieur?

—Por supuesto —asintió Duvalier, utilizando el idioma inglés—. Disculpe mi torpeza, madame.

—No hay cuidado. Estamos en París, y, es lógico que hablemos en francés. Oh, bueno, lo hablo un poco, pero domino mucho mejor el inglés, así que si no le importa...

—En absoluto. ¿Es usted inglesa?

—Claro que no —se sorprendió ella—. Soy venezolana.

—Ah, venezolana...

—Sea tan amable de sentarse, monsieur.

—Gracias —Duvalier ocupó una butaca frente a la dama, y sonrió—. Si, quizá su aspecto general sea latino, pero como habla tan bien el inglés pensé que podía ser estadounidense, o británica:

—Pues ni una cosa ni otra. Aunque sí he pasado largas temporadas en Estados Unidos. Por cuestiones de negocios, casi siempre. Petróleo.

—Sí, claro —sonrió Duvalier—. Estados Unidos, Venezuela... Petróleo.

Ella le contemplaba con curiosidad, casi con expectación.

—Podríamos decir —murmuró— que soy una rica petrolera venezolana.

—Lo celebro mucho por usted, madame. ¿Está alojada en el hotel?

—No, no. He venido aquí solamente a hablar con usted, tal como se indica en el periódico. Estaba en Londres cuando leí su anuncio, y vine inmediatamente a París, donde volví a ver el mismo anuncio en los periódicos franceses. Si no fuese porque lo había leído ya en inglés creería que no lo había entendido bien. El anuncio, quiero decir. Aunque más que anuncio podría decirse que es una... invitación.

—¿A qué anuncio se refiere usted, madame?

Ella pareció sorprendida.

—¿Ha puesto usted muchos anuncios? —preguntó.

—Pues... no. Ciertamente, no. Sólo uno.

—Y sin duda es éste.

La mujer le tendió a Duvalier un periódico francés doblado, varias veces longitudinalmente, de modo que quedaba visible sólo el anuncio. Duvalier lo miró, y asintió con la cabeza. Con aquello no había contado.

—Sí —murmuró—, es éste, en efecto, madame.

—Bien —dijo ella, complacida—, en ese caso podemos hablar del asunto. Francamente, me interesaría mucho conocerlo, monsieur.

—Sí, comprendo. Pero el caso es, madame, que... Bien, no habíamos pensado en mujeres al publicar esta invitación.

El ceño de ella se frunció. Estuvo unos segundos mirando fijamente a Duvalier, y luego bajó la mirada hacia el anuncio del periódico, que decía:

VIVA CON UN REY

Si es usted un potentado, viva con un rey y como un rey en compañía de Su Majestad Luis XXV. Un futuro de realeza para usted. Pregunte por monsieur Duvalier en el hotel George V, de París.

La dama alzó la mirada del anuncio, posándola de nuevo, con quieta fijeza, en los ojos de Duvalier.

—No veo en este anuncio nada que excluya expresamente a las mujeres, monsieur.

—Bueno, no, pero...

—Sólo se requiere, según entiendo, ser un potentado. Yo lo soy. Soy una mujer riquísima, monsieur, y si usted tiene alguna duda al respecto todo lo que ha de hacer es interesarse por mí en Venezuela o en Estados Unidos. Pregunte por Amalia Lucientes.

—No dudo en absoluto, madame. Pero el anuncio habla de vivir como un rey, así que comprenderá...

—¿Y por qué no como una reina?

—Bueno...

—¿Cuál es la diferencia? Me parece bien que un hombre viva como un rey, pero no veo por qué una mujer no ha de vivir como una reina. ¿Le parece que estoy diciendo una tontería?

—¡En absoluto, madame! Es sólo qué esto me pilla de sorpresa. Verá usted, hace unos minutos estaba concertando con unos caballeros la visita a palacio, y todo ha ido perfectamente. Pero no habíamos pensado en mujeres, ésa es la verdad. Una gran torpeza, sin duda.

—Sin duda —remachó ella—. Y no la comprendo. Donde hay reyes puede y debe haber reinas. Pues bien, yo quiero vivir como una reina, y si se trata de dinero nadie va a asustarme, se lo aseguro. Y la verdad, monsieur, no comprendería que usted hiciera esta clase de discriminación.

—A decir verdad —sonrió de pronto Duvalier—, tiene usted razón. Sin embargo, madame, como le he dicho, me ha pillado de sorpresa. Tendría que consultarlo.

—Muy bien, hágalo. Le espero aquí.

—¿Quiere decir que va a alojarse en este hotel?

—Quiero decir que le espero sentada en esta butaca mientras usted

telefonea. Espero que tengan teléfono en palacio.

—¡Por supuesto!

—Por supuesto —sonrió ella, mostrando sus feos dientes desiguales—. Una simple llamada telefónica puede arreglar su... desconcierto, monsieur. Pero antes me gustaría que usted solucionara el mío. El periódico habla de Su Majestad Luis XXV. ¿Cierto?

—Cierto, madame.

—Bien, tal vez yo sea una tosca venezolana cargada de dólares, pero carente de cultura, pero lo cierto es que jamás oí hablar de Su Majestad Luis XXV de Francia..., ni de ningún otro país. Quiero decir que no recuerdo haber estudiado nada sobre ese rey, ni sabía que existía. Y es más: ninguna de las personas a quienes he preguntado han oído mencionar jamás a Luis XXV. ¿Puede usted explicarme esto, monsieur?

—¿Me permite que antes telefonee, madame? —sonrió Duvalier.

—Se lo permito. Espero que consiga usted autorización para complacerme.

—Haré todo lo posible —aseguró Duvalier, poniéndose en pie.

Efectuó una inclinación de cabeza, y se dirigió hacia la conserjería. Una mujer. Ciertamente, era algo inesperado. Pero... ¿por qué no? Ella tenía razón: si los hombres podían vivir como reyes, ¿por qué no habían de vivir las mujeres como reinas? De modo especial si tenían tantísimo dinero... Pero había algo más en Amalia Lucientes: podía ser todo lo fea que se quisiera, pero su personalidad era muy interesante. Era una mujer muy segura de sí misma, firme, enérgica. Si quería una cosa iba a por ella directamente, dispuesta a conseguirla como fuese. No admitía el fracaso. Una reina... ¿Por qué no una reina?

La conversación telefónica de Jean Duvalier duró poco más de seis minutos. Cuando regresó junto a Amalia Lucientes ésta se fijó en su sonrisa, y sonrió a su vez.

—¿Puedo considerarme invitada? —adivinó.

—Así es, madame. La sorpresa ha cundido en palacio, pero era de lógica que finalmente se impusiera la razón. Ya lo dijo usted: donde haya reyes debe y puede haber reinas.

—Magnífico. ¿Cuándo salimos para palacio?

—Mañana por la mañana —dijo Duvalier—, previa una pequeña formalidad, madame. Lamento tener que mencionarla, pero es imprescindible: deberá hacer usted un depósito de cincuenta mil dólares.

—¡Cincuenta mil dólares! —exclamó Amalia.

—¿Le parece demasiado? —alzó las cejas Duvalier.

—Pues no es ninguna bagatela, francamente.

—Madame, tenga en cuenta que va a vivir con un rey... y como una reina.

—Sí, pero con esa cantidad puedo comprarme una isla de los Mares del Sur..., con rey incluido. Y no tendría que compartirlo con nadie.

—¿Quedan reyes en los Mares de Sur? —rió Duvalier.

—Alguno quedará, digo yo. Se llamará Pekeolo, Kakaleo, Malokao, o algo así, pero sin duda será un auténtico rey polinesio.

Jean Duvalier emitió otra risa cortés.

—Madame, he pedido a nuestros servicios de información que se interesen por usted en Venezuela, y espero que comprenda eso. Pero, en mi opinión, vamos a perder el tiempo, ya que sin duda es usted lo que dice ser: sólo las personas muy ricas se resisten a soltar su dinero.

—Si soltásemos nuestro dinero, fácilmente pronto dejaríamos de ser ricas, monsieur.

—Cierto. De todos modos, le aseguro que ese depósito inicial de cincuenta mil dólares vale la pena. Podrá comprobarlo.

—¿He entendido bien? ¿Ha dicho usted depósito... inicial? ¿Quiere eso decir que más adelante deberé hacer otro depósito?

—Madame: las reinas no discuten por dinero. Sobre todo, cuando lo tienen en abundancia.

Amalia Lucientes frunció el ceño, y quedó pensativa unos segundos. Por fin, encogió los hombros, asió el pequeño bolso que yacía en la butaca junto a su cadera izquierda, y sacó de él un talonario de cheques. Extendió uno, y lo alargó a Duvalier, que lo miró. Cuenta clave en un Banco suizo. Muy normal. Extrajo su billetera de fina piel, y guardó en ella el cheque. Sabía que a las nueve y cuarto de la mañana estaría enterado de si el cheque era o no cobrable.

—Perfecto, madame —dijo—. ¿En qué hotel está usted alojada?

—En el Gran Hotel.

—Claro. ¿Puedo rogarle que esté preparada para el viaje a las once de la mañana? Un Mercedes pasará a recogerla.

—De acuerdo. ¿Alguna instrucción especial?

—Eso es todo, madame.

Amalia se puso en pie, y Jean Duvalier se apresuró a hacer lo mismo. Ella le miró entre intrigada y divertida, finalmente sonrió, y tras un leve gesto de despedida se dirigió hacia la puerta. Jean Duvalier se quedó mirándola. Sus piernas eran perfectas, su porte exquisito, su espalda recta y altiva. Era una lástima, porque, en efecto, por detrás la tentación, y por delante el arrepentimiento.

Pero esto no era importante, a fin de cuentas. Lo que sí era importante y conveniente era la personalidad de Amalia Lucientes. No tenían a nadie en Venezuela, y aquella mujer podía ocupar la plaza de modo muy satisfactorio... Así que ¿por qué no una reina en Venezuela?

Una reina fea, pero reina al fin.

Y realmente, no parecía probable que Amalia Lucientes provocase

complicaciones.

Capítulo II

A las nueve y media de la mañana Jean Duvalier no sólo sabía que el cheque de Amalia Lucientes era bueno, sino que su banquero de París le había informado de que podía considerarlo cobrado, tras su contacto personal con la banca suiza. Naturalmente, no había sido informado de a quién pertenecía la cuenta, pero sí de que aquel cheque podía ser considerado desde aquel mismo instante como dinero en efectivo.

Todo perfecto.

Sin embargo, monsieur Duvalier se desengañaría pronto respecto a su opinión de que la señorita Lucientes no iba a ocasionarle complicaciones: un poco más tarde de las diez de la mañana ella le llamó por teléfono desde el Gran Hotel, y, nada más oír su voz, Duvalier comprendió que la millonaria venezolana estaba muy nerviosa:

—¿Le ocurre algo, madame? —se interesó inmediatamente Duvalier.

—¿...?

—Por supuesto. Ya le dije que a las once le enviaré un coche...

—¡...!

—¿Ahora? ¿Yo? Madame, le aseguro que tengo muchos asuntos que atender, de modo que...

—¡...!

—Sí, entiendo. Bien, voy a hacer lo posible para solventar mis asuntos inmediatamente y visitarla ahí antes de las once.

—...

—De nada, madame. *Au revoir*.

Duvalier colgó, un poco preocupado. Amalia Lucientes no parecía de esas mujeres que se ponen histéricas por cualquier cosa, así que algo verdaderamente inquietante debía estar ocurriendo.

A las once menos veinte Duvalier llegaba en taxi al Gran Hotel. Tres minutos más tarde era recibido por Amalia en la suite que ésta ocupaba. La venezolana estaba ya vestida para viaje, y todo su equipaje, no excesivo, se veía preparado cerca de la puerta.

—¡Gracias a Dios que ha llegado usted, monsieur! —exclamó ella, evidentemente nerviosa—. ¡Estoy tan... turbada!

—¿Turbada, madame? —alzó las cejas el elegante francés.

—Y preocupada. ¡Bueno, no sé qué pensar! Es ése hombre...

—¿Qué hombre?

—¡El que está en la calle! Venga, venga a verlo desde la ventana. ¡Estoy segura de que sigue ahí plantado!

Amalia fue hacia la ventana, y Duvalier la siguió, un poco mosqueado. Ella apartó un poco el cortinaje, y tras mirar cautamente, se apartó con viveza, exclamando:

—¡Sigue ahí, desde luego! Véalo usted, monsieur. Está delante mismo del hotel, al otro lado de la calle. Es muy alto, tiene los cabellos rubio oscuro, y viste un traje color crema. De cuando en cuando simula leer el periódico.

Duvalier miró, también cautamente, y enseguida vio al hombre en cuestión. En efecto un sujeto de algo más de metro ochenta, atlético, de cabellos cobrizos, vestido con un bien cortado traje de color crema: Tenía un periódico en una mano, pero en aquel momento, precisamente, estaba mirando hacia las ventanas de la fachada del hotel. Era un sujeto interesante, casi impresionante. Duvalier se apartó, y miró a Amalia.

—Sí, lo he visto. ¿Lo conoce usted?

—No, no. Es decir... Bueno, lo he visto otras veces cerca de mí. La primera vez que me di cuenta fue en Nueva York, hace un par de semanas. Allí lo vi dos veces. Luego, me fui a Londres, y al poco de llegar lo vi también cerca de mi hotel. Me pareció una gran casualidad, claro, pero... ya empieza a parecerme demasiadas casualidades.

—¿Él se ha dirigido a usted en alguna ocasión?

—No, no, claro que no. Nos hemos cruzado un par de veces, una en Londres y otra en Nueva York, pero entonces simulaba que no me veía. Quizá le parezca un poco tonta o aprensiva, pero empiezo a estar inquieta. Bueno, en cierto modo, claro.

—¿Qué quiere decir?

—Pues... ¡Es un hombre tan atractivo!

—Sí que lo es, en efecto —admitió Duvalier—. Pero ¿qué tiene eso que ver?

—Bueno... No sé. A veces ocurren cosas... sorprendentes. Quiero decir que quizá él sepa que soy muy rica, y... ¡Oh, bueno, no sé!

—¿Tal vez piensa usted que ese hombre está tramando su secuestro?

—¡Ojalá fuese eso! —rió Amalia, excitada, mostrando sus feos dientes—. ¡No me importaría demasiado! Aunque preferiría lo otro.

—¿Qué es lo otro?

—Pues... Tal vez él me conozca, y esté preparando... No sé, hacerse el contradicho conmigo en un momento oportuno, trabar amistad... Creo que algunos hombres guapos saben sacar partido de situaciones como la que podría plantearse entre nosotros. ¡No sé qué pensar!

Duvalier contemplaba incrédulamente a Amalia. Le parecía imposible, pero allá la tenía: la fea solterona con tendencia a la histeria que tenía fantasiosos sueños de amores con un playboy.

—Bueno, madame —dijo con seca amabilidad—, yo no me preocuparía demasiado de ese sujeto, francamente. Si es un secuestrador lo va a tener muy difícil, y si es otro tipo de hombre no creo que deba sentir usted temor alguno. Imagino que sabría manejar a un sujeto de esa calaña.

—Sí, claro... ¡Oh, creo que sí! Bueno, si usted no le da importancia... Quiero decir que se me ha ocurrido que también me seguirá esta vez, vaya adonde vaya.

—Le aseguro que jamás podrá conseguir eso. Tengo un avión particular en Orly, que nos llevará en vuelo privado a nuestro destino. Cabe suponer que ese sujeto no puede volar tras un avión particular.

—Claro. Vaya, es una lástima que... —Amalia enrojeció de pronto, para mayor sorpresa y mosqueo de Duvalier—. Bueno, en definitiva, me gustaría saber quién es y qué pretende siguiéndome. Se está gastando mucho dinero y tomándose mucho trabajo, y total, para no dirigirme la palabra. Da la impresión de que me está... vigilando. ¡Me gustaría tanto saber qué es lo que pretende!

Jean Duvalier parpadeó. Luego, volvió a mirar por la ventana. El sujeto atractivo seguía allí, impávido. Estaba muy bronceado. Todo un atleta, desde luego, de pies a cabeza. De pronto, Duvalier descartó que fuese un playboy profesional, un buscador de mujeres ricas. De ser así, ya se las habría arreglado para contactar con Amalia Lucientes buscando su amistad primero y la intimidad acto seguido.

Pero no, no hacía esto. La estaba siguiendo. Primero en Nueva York, luego en Londres, ahora en París... ¿Estaba detrás de Amalia Lucientes desde Venezuela? Esto tenía sentido. Lo que no tenía sentido era que lo estuviera haciendo por su cuenta. Claro que no. Alguien lo había enviado en pos de la millonaria venezolana. Alguien... ¿Quién?

Quien fuese, sin duda lo que quería era saber qué hacía y adónde iba Amalia Lucientes. Ahora bien, si él se desentendía de aquel sujeto, y se limitaba a recoger a la venezolana con el Mercedes..., ¿qué pasaría? Pues pasaría "que lo primero que haría aquel sujeto sería tomar nota de la matrícula del Mercedes, y por supuesto se las arreglaría para seguirlo hasta el aeropuerto, donde, tras ver a Amalia abordar el avión particular, también se interesaría por éste. Es más, seguramente aquel sujeto había seguido a la venezolana la tarde anterior al hotel George V, y ya puestos a buscar problemas no podía desechar el que seguía: el sujeto debía haber visto a Amalia Lucientes conversando con él...

Es decir, que ni siquiera le quedaba el recurso de dejar plantada a Amalia en París y marcharse llevándose sus cincuenta mil dólares. ¡Maldita sea...!

Se volvió a mirar a la millonada.

—Pierda cuidado, madame —susurró—; yo me encargaré de ese

sujeto.

—¿Qué quiere decir? —abrió ella mucho los ojos.

—No la molestará más.

—¡Pero si no me está molestando...! —ella enrojeció, de nuevo—. Lo... lo que quiero decir es que me... me gustaría saber quién es y qué quiere, pero no deseo que le ocurra nada malo. ¡Oh, no!

—Cabe esperar, madame —dijo con fría ironía Duvalier—, que no se haya enamorado usted de él..., o algo parecido.

—Bueno, no... no sé... Yo...

Duvalier contuvo una imprecación. Señaló el teléfono.

—Permítame hacer una llamada.

Ella asintió. Duvalier marcó un número, y luego estuvo conversando unos minutos en alemán, mientras Amalia le contemplaba con los ojos muy abiertos. Colgó, y miró ya más amablemente a la venezolana.

—Arreglaremos eso. Ahora; madame, llame para que bajen su equipaje: el Mercedes llegará dentro de unos minutos.

—¿Y... y ese hombre?

—Nosotros nos ocuparemos de él.

—No quisiera... que le ocurriese nada malo, monsieur. Es más, me... me gustaría hablar con él para saber...

—Ya veremos. Hasta luego, madame.

Jean Duvalier abandonó la suite, y Amalia miró de nuevo por la ventana. Allá seguía él, plantado como un roble, con todo descaró...

* * *

Un poco después de las once, Ángel Tomás vio salir del hotel a Amalia Lucientes, en pos de los botones que cargaron su equipaje en un magnífico Mercedes. Ni un solo músculo se alteró en el tostado y viril rostro de Ángel Tomás, ni siquiera cuando dentro del coche vislumbró al hombre que la tarde anterior se había entrevistado con Amalia en el hotel George V, aquel sujeto alto, elegante, de aspecto aristocrático, mundano. El Mercedes partió, tras acoger en su interior a Amalia Lucientes. Para entonces, Ángel Tomás había requerido ya los servicios de un taxi, a cuyo conductor señaló el Mercedes, sin decir palabra. El taxista miró el Mercedes, miró a Ángel, encogió los hombros, y partió en pos del lujoso automóvil.

Tardaron casi media hora en llegar al aeropuerto de Orly. Ángel pagó al taxista, se apeó, y caminó en pos de Amalia y Duvalier hacia el edificio del aeropuerto. Los vio nada más entrar en el vestíbulo. Se volvió, y vio al chófer del Mercedes alejarse con éste. Cuando volvió a mirar a Amalia y al otro, ambos caminaban hacia las oficinas de la Air France.

Ángel Tomás sólo dio un paso en aquella dirección. Un sujeto alto, ancho de hombros, de cejas espesas y mandíbula enorme se plantó ante él, y dijo:

—Amigo, está usted en un grave problema: dos amigos míos le están apuntando con sus armas. ¿Me comprende?

—Sí —murmuró Ángel, en francés—. Le comprendo muy bien.

—De acuerdo. Ahora, vamos a ir los dos a los servicios. Y tenga mucho cuidado con lo que hace.

Ángel asintió. El otro señaló con su tremenda barbilla, y echaron a andar. Al poco entraban en los servicios, Ángel Tomás delante del otro. Cuando se volvió a mirarlo, otros dos hombres entraban, mirándole fijamente, las manos derechas en sus bolsillos de la chaqueta.

—¿Va usted armado? —preguntó el primero.

—No.

—Póngase de cara a ese lavabo, y apoye las manos en el espejo, los pies un poco retrasados. Usted comprende, ¿verdad?

Ángel sintió, y se colocó en la postura indicada. Desde atrás, el hombre le cacheó rápidamente.

—De acuerdo, no lleva nada. Vuélvase.

Ángel se volvió. Por el espejo había estado mirando a los otros dos, que no le perdían de vista ni un instante. Miró directamente al que dirigía el terceto.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó éste.

—Ángel Tomás.

—Muy bien, amigo Tomás: ¿qué es usted, qué pretende siguiendo a la señorita Lucientes?

Ángel apretó los labios. El otro sonrió divertido.

—No sea tonto —dijo—. Podemos matarlo y dejarlo sentado en un retrete hasta que huela tan mal que alguien comprenda que ahí dentro hay algo más que excrementos. No estamos bromeando. Veamos: ¿es usted venezolano, como la señorita Lucientes?

—Sí.

—¿Tiene aquí su pasaporte?

—Sí.

—Bueno, déjeme verlo.

Ángel lo sacó de un bolsillo interior de la chaqueta, y se lo entregó al hombre, que lo abrió en el acto. Ángel Tomás, nacido en Caracas en mil novecientos tantos..., de profesión ingeniero.

—Ingeniero, ¿eh? —lo miró el otro—. ¿Qué clase de ingeniero?

—Trabajo en la industria petrolífera.

—Ya, claro. Bueno, escuche, tenemos instrucciones de tratarlo a usted con guante blanco, pero siempre y cuando se muestre razonable.

Quizá sea usted ingeniero, pero está siguiendo a la señorita Lucientes. La estuvo vigilando en Nueva York, luego en Londres y luego en París. Ella le vio. Díganos qué pretende usted y tengamos la fiesta en paz. Dispone sólo de cinco segundos para empezar a hablar.

Ángel miró a los otros dos sujetos. Soltó un gruñido:

—Se me encargó que la vigilara.

—De acuerdo. ¿Quién?

—El gobierno.

—¿El Gob...? ¿El gobierno de Venezuela?

—Sí.

—¿Por qué?

—Estamos realizando una campaña especial para detectar a las personas que sacan grandes cantidades de divisas del país. Sabemos que muchos dólares son depositados en bancos brasileños, norteamericanos y suizos. Amalia Lucientes, según nuestras indagaciones, podría ser una de esas personas, y me fue asignada a mí.

—Oiga, pues es usted un ingeniero muy raro, ¿no?

—Soy agente del Gobierno —masculló Ángel Tomás.

—¿Un agente como esos del Fisco norteamericano?

—Más o menos, sí.

—Ya. Caray. Bueno, ¿y qué ha descubierto sobre la señorita Lucientes?

—Hasta ahora, nada. Pero tal vez lo haga si ella va a Suiza.

Los tres hombres contemplaban entre incrédulos y divertidos a Ángel Tomás, que no era de los que parecían inmutarse fácilmente. Es más, tenía una desfachatez prodigiosa.

—Conque a Suiza... Bueno, quedaros con él, yo vuelvo enseguida. Esto va a matar de risa a Jean. Y a ver qué decide.

El hombre salió de los servicios. En aquel momento entraban dos individuos, conversando. Uno de ellos se puso a orinar, y el otro a lavarse las manos. El primero acudió también a lavarse las manos tras su función fisiológica. Ambos miraron un instante a Ángel Tomás, que permanecía inmóvil ante uno de los lavabos, y luego a los otros dos, que parecían distraídos. No concedieron más atención al asunto. Terminaron de lavarse las manos y abandonaron los servicios, conversando de nuevo.

—Si vuelve a entrar alguien —dijo uno de los vigilantes— no se quede quieto, haga algo. Mee, o lávese las manos.

Ángel asintió, se volvió, y comenzó a caminar hacia los urinarios. Sólo dio dos pasos, porque de pronto giró hacia su derecha, y lanzó un escalofriante patadón con la izquierda que acertó al más cercano de los sujetos entre las ingles. El hombre lanzó un bramido, y saltó, encogido, cayendo de cara al suelo, donde quedó inmóvil.

Pero Ángel Tomás no se había quedado inmóvil, sino que había saltado hacia el otro, que había respingado fuertemente y comenzado a alzar la mano dentro del bolsillo, para colocar horizontalmente la pistola... El puñetazo en la barbilla le alcanzó como un relámpago que llenó de luces su cabeza. Luces que se apagaron en el acto, dejándolo sumido en la oscuridad total. Chocó de espaldas contra una pared, ya sin sentido, y se derrumbó como un saco.

En menos de quince segundos Ángel Tomás había arrastrado a los dos sujetos al interior de uno de los compartimentos, donde los dejó sentados en el suelo, al fondo, uno a cada lado de la taza del inodoro. Les quitó las pistolas, se subió al inodoro, y las tiró dentro de la cisterna. Luego, tranquilamente, salió del compartimento.

Tres minutos más tarde regresó el director del trío, que entró resueltamente en los servicios..., y que respingó cuando, saliendo de junto a la puerta, Ángel Tomás lo agarró por la ropa del cuello con una mano y clavó el índice de la otra en su espalda.

—Amigo —dijo Angel—, está usted en un grave problema. Le voy a meter una bala en la columna vertebral si se pone tonto. ¿Me comprende?

La mirada del hombre buscó ansiosamente la presencia de sus dos amigos, y tras el fracaso quedó quieta. Asintió con la cabeza.

—Bueno —dijo Ángel—, ahora saque su arma, despacio, sujetándola con los dedos, y pásemela por encima de su hombro derecho. Del derecho, no del izquierdo. ¿Comprende?

El hombre obedeció. Ángel Tomás se hizo con la pistola utilizando la mano que había asido por la ropa al otro, y, sin más, le golpeó en lo alto de la cabeza. El sujeto vio las estrellas, y, como sus compañeros, acto seguido se sumergió en la oscuridad total. Ángel lo agarró de nuevo por la ropa del cuello, lo llevó al mismo compartimento donde estaban los otros dos, y lo tiró dentro de cualquier manera. Cerró, se guardó la pistola, y salió de los servicios.

No vio a Amalia en el vestíbulo, pero sí la vio, segundos después, de nuevo dentro del Mercedes, que esperaba ante el edificio. Salió por una puerta alejada, se acercó al Mercedes por detrás, abrió la portezuela derecha, y se metió dentro, en el asiento trasero, junto a Amalia Lucientes, que respingó fuertemente al verlo. Al otro lado de Amalia, Jean Duvalier se quedó mirando a Ángel Tomás como si éste fuese un fantasma. Ángel sacó la pistola, la sostuvo sobre su regazo, y sonrió.

—Hola, ¿qué tal? —saludó amablemente—. Soy Ángel Tomás, agente del Gobierno venezolano. Usted es Amalia Lucientes.

—Sí... Sí, yo... yo soy:... Amalia Lucientes, sí...

—Pues queda usted detenida en nombre de nuestro Gobierno. Y ahora, salgamos de aquí, para presentarnos a la policía francesa y que

ésta colabore como corresponde en su repatriación.

Capítulo III

EL chófer del Mercedes se había vuelto, y contemplaba a Ángel con un gesto de estupefacción sólo superado por el de Amalia, y quizá por el de Jean Duvalier.

—Pero... ¡qué está usted diciendo! —exclamó por fin Amalia—. ¡No puede detenerme!

—¿Ah, no?

—¡Claro que no! ¡Yo no he hecho nada, ni estoy traficando con divisas, ni nada de eso!

—Tal vez no esté sacando dinero de Venezuela —gruñó Ángel—, pero sí está en complicidad con unos sujetos que iban a matarme en unos urinarios, de modo que...

—Oiga usted, señor Tomás —dijo hoscamente Duvalier—, está metiendo la pata hasta el cogote, entérese bien. Nadie iba a matarle a usted. Todo lo que tenían que hacer mis amigos era darle un par de golpes y dejarlo en los servicios, mientras nosotros nos íbamos a París. Y ello porque usted está molestando injustificadamente a la señorita Lucientes.

—¿Injustificadamente? —exclamó Tomás—. ¡Bueno, esto sí que...!

—¡Usted no sabe lo que dice! —aseguró Amalia—. Es cierto que tengo algo de dinero fuera de Venezuela, pero sólo para atender gastos imprevistos cuando viajo. ¡Y eso lo hace todo el mundo que puede! Por lo demás, ¡claro que no iban a matarle, qué locura!

Ángel Tomás frunció el ceño.

—¿Cuánto, dinero..., qué «poco» dinero tiene usted fuera del país?

—Unos miles de dólares, nada que valga la pena. ¡Dios mío, me ha estado siguiendo por medio mundo para eso!

—No la iba a seguir por su cara bonita —gruñó Ángel.

Amalia enrojeció intensamente. Duvalier señaló la pistola que Ángel sostenía en su regazo.

—Mire, será mejor que guarde eso, no sea que alguien la vea y nos compliquemos todos la vida. Y en cuanto a lo de entregarnos a la policía, allá usted si quiere hacer el ridículo y poner en la misma situación a su Gobierno. Aquí nadie trafica con nada, ni tiene nada que ocultar: era usted quien estaba molestando a la señorita Lucientes, ¿quiere entenderlo?

—Ustedes están tramando algo —insistió Tomás.

—¿Quiere saber lo que estamos tramando? —sonrió Duvalier—. Pues se va a enterar enseguida. Pierre, pásale el periódico con la página abierta por el anuncio.

—Me gustaría saber —gruñó el chófer— qué ha pasado con André, Luther y Van Berg.

—¿Sus amigos? —dijo Ángel—. Les di su merecido y los metí en un compartimento de los servicios.

—Su merecido —dijo Pierre, volviéndose con el periódico—. ¿Usted solito?

—Si quiere empiezo con usted —dijo Ángel.

—Lo que ha de hacer es leer ese anuncio —dijo nerviosísima Amalia—. ¡Dios mío, qué situación tan estúpida!

Ángel le dirigió una hosca mirada, tomó el periódico con la mano izquierda, y lo colocó cubriendo la pistola, que en ningún momento había dejado de empuñar. Leyó rápidamente el anuncio, parpadeó, y volvió a leerlo, más despacio. Luego, atónito, miró a Amalia.

—¿Y esto qué significa? —exclamó.

—Significa que he sido invitada a pasar unos días en el palacio de Su Majestad Luis XXV, para vivir como una reina.

—¿Pretende tomarme el pelo? ¡No existe tal Luis XXV! Además, ¿de dónde es rey ese Luis?

—Precisamente eso quería preguntarle yo a monsieur Duvalier esta mañana —parpadeó confusa Amalia—, ya que anoche, finalmente, me olvidé.

—Bueno, pues pregúnteselo. Vamos, pregunte.

Amalia volvió la cabeza hacia Duvalier, que farfulló:

—Jamás he conocido a nadie tan impertinente como este hombre, señorita Lucientes, pero supongo que tengo que contestar por deferencia a usted: Luis XXV es el monarca de Royaume D'Azur.

—¿Reino de Azur? —exclamó Ángel—. ¡Jamás oí mencionar ese reino! Lo único que me suena con ese nombre es la Costa Azul, o como dicen los franceses, la Côte d'Azur. ¿Tiene algo que ver una cosa con otra?

—El Reino d'Azur está en la Costa Azul —replicó Duvalier.

Ángel frunció el ceño, y miró a Duvalier con evidente irritación.

—Que yo sepa —deslizó hoscamente—, en la Costa Azul sólo está el Principado de Mónaco. Y oiga esto, monsieur Duvalier: no soy ningún patán, de modo que si se hubiera producido algún acontecimiento como la creación de un nuevo reino estaría al corriente. En mi opinión, usted le está tomando el pelo a esta tonta de capirote.

—¡Oiga usted...! —se sofocó de nuevo Amalia.

—¿No es usted tonta? —cortó Ángel—. ¡Pues dígame qué es! O quizá

el tonto sea yo, por no haber oído mencionar nunca hasta ahora el Reino d'Azur. Bien: ¿cuál de los dos es el tonto?

—Escuche, señor Tomás, esta conversación se está complicando de un modo absurdo —dijo Duvalier—. Usted puede creer lo que quiera, pero la señorita Lucientes está invitada al Reino d'Azur, y nadie tiene derecho a impedirle que lo visite. De nuevo le digo que está usted molestando, así que haga el favor de salir de este coche y dejarnos en paz. Tenemos que tomar el avión.

—¿Para ir al Reino d'Azur?

—Evidentemente.

—Bueno, pues yo también voy. ¡Me gustaría visitar, ese... ese reino!

El chófer, que estaba vuelto hacia el asiento de atrás, lanzó una exclamación de rabia.

—¡Jean, deje que me encargue de este...!

—¡No! —suplicó Amalia—. ¡No quiero que le ocurra nada malo!

—Oiga, Miss Universo —la miró torvamente Ángel—, no necesito que nadie me proteja. Ya sé cuidarme solito. Y además, quien tiene la pistola soy yo, no ese mastodonte con gorra.

—Puede que yo sea un mastodonte —gruñó Pierre—, pero usted es nada menos que un idiota integral. Ya ahora, salga de este coche o...

—Espera, Pierre —dijo Duvalier—. Estoy pensando que el señor Tomás es un hombre tan terco que podría complicarnos mucho la vida a todos, a menos que quede complacido. Creo que la mejor solución a todo esto será que nos acompañe a Royaume d'Azur...

—¡Oh, sí! —exclamó Amalia—. ¡Sí, que nos acompañe!

—¿En calidad de qué? —preguntó, sarcástico, Pierre—. Porque no creo que él tenga cincuenta mil dólares para gastarse lindamente.

—Bueno, podría..., podría venir como acompañante mío.

—Es una buena idea —sonrió Duvalier—. El señor Tomás podría venir a Royaume d'Azur como paje de madame. Esto le daría categoría a ella..., que por otra parte parece desear la compañía de su compatriota. ¿Me equivoco, madame?

—No —murmuró Amalia, bajando la mirada—. No se equivoca, monsieur.

—No tengo la menor intención de ser paje de nadie —bufó Ángel.

—Bueno, monsieur —dijo amablemente Duvalier—, o acepta usted nuestras condiciones o mucho me temo que aceptaremos cuantas complicaciones quiera usted buscarnos aquí, tras las cuales, no tenga la menor duda de que se quedará sin visitar Royaume d'Azur.

Ángel Tomás frunció de nuevo el ceño, y quedó pensativo. Pierre, que miraba hacia atrás, divisó en aquel momento a los tres «amigos» de Ángel, que salían dando trompicones y con cara de mala uva del edificio, y se lanzaban en tromba hacia el Mercedes. Con un gesto,

advirtió a Duvalier, que vio a sus tres hombres y se apresuró a salir del coche y acercarse a ellos, cortándoles el paso.

—Quietos ahí, cretinos —masculló—. Ya habéis hecho las cosas suficientemente mal.

—¡Ese cochino nos engañó cuando...! —empezó Van Berg.

—Ese cretino no debió tener la menor oportunidad de engañaros.— cortó secamente Duvalier—. Pero ya hablaremos de esto. Ahora id a recoger a los otros tres invitados y llevadlos al avión.

—¡Pero ese sujeto...!

—Ese sujeto acaba de ser invitado a Royaume d'Azur —cortó de nuevo Duvalier—. Lo vamos a llevar a palacio con nosotros.

—¿Quiere decir que nos interesa como rey? —se pasmó André.

—Nos interesa qué no se quedé por aquí buscándonos complicaciones. De modo que lo mejor es llevárnoslo. Y una vez allí ya nos ocupáremos debidamente del señor Tomás.

Los tres hombres ¡comprendieron por fin, y sonrieron.

—Jean —pidió; Luther—, ¿dejará que nosotros nos encarguemos de darle su merecido? Nos gustará mucho hacerlo. ¡Pero antes nos vamos a divertir con él como un gato con un ratón!

—Tres gatos con un ratón—rió Van Berg.

—Hasta ahora —deslizó suavemente Duvalier—, la cosa ha sido al revés, esto es, que él ha sido el gato jugando con tres ratoncitos. Pero está bien, ya hemos perdido demasiado tiempo en tonterías. Id a buscar a los otros. Partiremos inmediatamente hacia palacio.

Regresó al Mercedes, donde se encontró con Amalia y Ángel discutiendo acaloradamente en español, bajo la atónita mirada de Pierre, que no entendía nada de nada. Ángel dejó de discutir en cuanto Duvalier entró en el coche, y lo miró torvamente.

—Bueno, ¿y qué tendría que hacer si fuese paje de esta belleza? —refunfuñó.

—Es muy sencillo —sonrió Duvalier—: estar a su servicio y tratarle como a una reina.

—¿Qué quiere decir estar a su servicio?

—Eso lo decidirá ella —casi rió Duvalier—. Mire, señor Tomás, tome usted su propia decisión de una vez. ¿Viene o no viene?

—Está bien —gruñó Ángel—: voy.

—En marcha, Pierre —ordenó Duvalier.

Poco después, el Mercedes se detenía cerca de un avión privado, pintado de azul y blanco, capaz para no menos de treinta pasajeros, y que Ángel se quedó mirando con cierta expectación. Un poco más cerca que ellos había tres hombres que abordaban el aparato utilizando la escalerilla plegable de éste. Detrás de ellos subían Van Berg, André y Luther. El coche que había llevado allí a los otros tres se alejó.

Duvalier se apeó por un lado, y Ángel por el otro. Estuvo unos segundos mirando con insistencia hacia el avión, y luego miró hacia el interior del coche. Se sorprendió al ver que Amalia estaba todavía dentro... y tendiendo la mano hacia el exterior. Mascullando algo, Ángel tomó la mano femenina, y ayudó a Amalia a salir del coche.

—Oiga, es muy fácil salir de un coche, ¿sabe? Si para eso me necesita estamos listos.

—Bueno, usted es mi paje, ¿no? —sonrió luminosamente Amalia.

Ángel se quedó mirando un instante los bonitos labios sonrosados, pero era inevitable ver los dientes, así que desvió la mirada hacia los oscuros ojos de la venezolana, que para su asombro, eran un espectáculo mucho más soportable. Hizo un gesto como diciendo que era una lástima que aquellos ojos estuvieran en aquel rostro, y echó a andar hacia el avión.

—Ángel —llamó ella.

Se volvió.

—¿Qué hay? —gruñó—. ¿Qué pasa ahora?

—Su brazo, Ángel.

Ángel Tomás pareció a punto de explotar. Luego, simplemente, tendió su brazo a la venezolana, que se tomó de él para caminar hacia el avión. El Mercedes se alejó, con Pierre al volante. Duvalier subió la escalerilla en pos de Amalia y Ángel, los alcanzó en la plataforma de recibo, y señaló hacia proa.

—Venga madame —pidió—; le presentaré a los demás invitados que van a viajar con nosotros.

Una linda azafata, que pareció dejar turulato a Ángel, estaba junto a la puerta de acceso a la sección de pasajeros de proa. Su uniforme; era azul y blanco, y en una de las solapas llevaba el anagrama RdA bordado en oro, con una corona encima. Alta, esbelta, rubia, de ojos deliciosamente azules... Ángel tropezó al pasar junto a ella mirándola, y la muchacha sonrió, mostrando una dentadura perfecta, blanquísima.

—Tenga cuidado, monsieur —dijo amablemente.

—Tendré cuidado —aseguró Ángel—. ¿Cómo se llama usted?

—Brigitte, monsieur. A su servicio.

—Oh, ¿sí? Bueno, pues...

—¡Angel! —llamó Amalia.

—Hasta luego —le guiñó un ojo Ángel a la azafata, acudiendo rápidamente en pos de Amalia—. ¿Qué pasa ahora?

—¡Haga el favor de comportarse correctamente! ¡No me gusta que se dedique a tontear!

Ángel Tomás entornó los párpados, y no dijo nada. Duvalier tomó cortésmente del brazo a Amalia, llevándola hacia donde los tres pasajeros esperaban de pie. Amalia lanzó una última mirada de reproche

a Ángel, y se encaró con los tres sujetos, que eran los que la noche anterior habían concretado su viaje a Reino d'Azur con Duvalier.

—Los señores Raymond Favre, Vallance Cornell y Franz Rundstein, invitados de Royaume d'Azur, como usted. Caballeros, les presento a la señorita Amalia Lucientes, una invitada de excepción en Royaume d'Azur.

Había hablado en inglés, lo que no representó problema para nadie. Los tres hombres saludaron amablemente a Amalia, mirándola entre curiosos y evidentemente decepcionados por su carencia de belleza.

Favre comentó:

—No sabía que también se admitieran mujeres, monsieur Duvalier.

—¿Por qué no? —sonrió Duvalier—. De momento, como ya he dicho, la señorita Lucientes es una invitada de excepción, pero realmente no tiene por qué ser así. Como ella bien dijo, donde haya reyes debe y puede haber reinas.

—Muy acertado —asintió el alemán Rundstein—. Indudablemente, muy acertado.

—En efecto —parpadeó Favre.

—¿Y el caballero? —preguntó el británico Cornell.

—Es mi paje —dijo Amalia, sonriendo.

Los tres se quedaron mirándola estupefactos. Ángel soltó un bufido. Duvalier rió quedamente, volviéndose hacia la puerta por la que habían entrado, desde la cual la rubia azafata Brigitte le hacía señas.

—El avión ha sido cerrado —dijo Duvalier—. Con su permiso iré a dar la orden para despegar.

Se dirigió hacia la cabina de mandos, seguido por Brigitte, que miró con divertida sonrisa a Ángel al pasar por su lado. Amalia miró torvamente a la muchacha, tiró de una mano a Ángel, lo hizo sentarse en un asiento junto a una ventanilla, y ella ocupó el asiento que daba al pasillo. Duvalier y la azafata desaparecieron en la cabina. Salieron apenas dos minutos más tarde, y la rubia Brigitte pidió a los señores pasajeros que se colocaran los cinturones.

Un minuto más tarde estaban en el aire. Primero, volaron hacia el Nord-oeste, pero enseguida el avión fue describiendo un gran arco que finalmente enderezó, tomando decididamente el rumbo Sur.

—Llegaremos a Niza en un par de horas —dijo Duvalier—. Espero que el viaje les resulte sumamente agradable a todos ustedes. Cualquier cosa que deseen, por favor, solicítenlas a Brigitte o a mí directamente. Muchas gracias.

—Son las doce —dijo Ángel—. ¿No vamos a almorzar?

—En breve, monsieur —aseguró Brigitte—. Tenemos preparado un menú exquisito, pero pueden pedir cualquier otra cosa de la carta de vuelo.

—Por mí está bien el menú, sea el que sea —encogió los hombros Ángel—. No soy demasiado exigente cuando vuelo. El caso es comer. ¿Dónde están los lavabos?

—Si me acomp...

—¡Haga el favor de quedarse quieto aquí! —exclamó Amalia, irritada—. ¡Y déjese de tonterías con la azafata!

—¿Tonterías? ¡Tengo que ir al lavabo!

—¡Ya estuvo en el del aeropuerto!

—Oiga —la miró aviesamente Ángel—: ¿también va a decirme cuándo puedo orinar y otras cosas por el estilo?

—¡Quédese quieto aquí! ¡Yo le diré cuándo iremos a los lavabos... los dos juntos!

—Esta sí que es buena —sonrió Ángel de pronto—; nunca he visto a una mujer en esas funciones. Será interesante.

—¡No sea grosero! ¡Y quédese quieto aquí!

—Escuche, «encanto», puede que sea su paje, pero no soy su perrito.

—¡Ya veremos eso!

Ángel Tomás soltó una palabrota en español que al parecer sólo Amalia entendió, y que la hizo enrojecer intensamente una vez más. Brigitte se había apresurado a retirarse de escena, huyendo de la posibilidad de convertirse en motivo de discordia. Ángel Tomás quedó sombrío y furioso. En los asientos del otro lado del avión, el francés Favre comentó, inclinándose hacia el alemán Rundstein:

—No quisiera estar en el pellejo de ese hombre.

—¿Por qué?

—¡Sacre! Está bien claro, ¿no? Ella lo quiere acaparar completamente, y, amigo mío, cuando una mujer acapara así a un hombre, es cosa de temer. Lo meterá en su cama esta misma noche, ya verá.

—Pobrecillo.

Raymond Favre quedó pensativo unos segundos antes de mover la cabeza con gesto dubitativo.

—Bueno, todo es cuestión de apagar la luz —susurró—. Cierto que la dama es fea, salvo quizá los ojos, pero por lo demás... ¿Se ha fijado usted qué cuerpo tiene?

—No me han quedado ganas, después de verle la cara.

—Pues fíjese, amigo mío, fíjese. ¡Cosa fina, se lo digo yo! Es una lástima la cara, sí... En fin, nadie lo tiene todo en la vida, según dicen. Pero si sólo nos fijásemos en el cuerpo de la señorita Lucientes...

—Cosa fina, ¿no? —sonrió el alemán.

—¡Finísima! Bueno, espero que el apuesto paje tenga el buen sentido de apagar la luz esta noche, y entonces seguro que lo pasará

divinamente.

—A menos que además de fea, la dama sea frígida.

Raymond Favre volvió sus ojos hacia los de Amalia, que miraba hoscamente al frente. Movi6 de nuevo la cabeza.

—De frígida nada... ¡Ni pensar en eso, amigo mío! Yo más bien diría que es todo lo contrario, ¿me comprende usted? Un volcán.

—Pues ese pobre hombre se va a quemar esta noche, según usted.

—¿Le digo la verdad, amigo mío? ¡Con las luces apagadas hasta yo quisiera quemarme en ese volcán!

Hacia las doce y media Brigitte apareció para comenzar a servir el almuerzo, dirigiendo miradas de soslayo a Ángel cuando le tocó su turno: De soslayo y rapidísimas, pues Amalia no la perdía de vista, y su actitud no podía ser más hostil, lo que nadie dejó de notar. Se tranquilizó visiblemente cuando después del almuerzo Ángel Tomás se acomodó en el asiento, cerró los ojos, y pareció quedarse dormido.

Y así estuvo hasta que, un poco más tarde de las dos, Amalia le tomó una mano y la sacudió suavemente.

—Ángel... ¡Ángel!

Él abrió los ojos, la miró, se enderezó en el asiento, y miró alrededor, adormilado.

—¿Qué pasa?

—Estamos llegando. Vamos a aterrizar.

Ángel asintió, y miró por la ventanilla. Vio el mar, azul, refulgente al sol de la tarde. Luego, a lo lejos, vio Niza. El avión estaba maniobrando para enfilear las pistas del aeropuerto de Niza. Todos se habían colocado los cinturones, y Ángel lo hizo entonces.

—Menos mal que pronto vamos a perder de vista a esa horrible azafata —dijo Amalia.

Ángel la miró, alzó las cejas, esgrimió por un instante una sonrisita sardónica, y eso fue todo.

Cinco minutos más tarde el avión se hallaba detenido en la pista que se le había asignado desde la torre de control. Los motores dejaron de zumbar. Jean Duvalier se quitó el cinturón, y se puso en pie.

—Desembarcaremos inmediatamente —dijo—. Espero que todos hayan tenido buen viaje hasta aquí.

—¿Cuál es la capital de Reino d'Azur? —preguntó Ángel.

—¿Qué? —se desconcertó totalmente Duvalier.

—La capital. Todo país tiene una capital, ¿no? ¿Cuál es la del Reino de Azul?

—Interesante pregunta —apoyó el británico Cornell—. ¿Cuáles?

—Mmm... Palais —dijo rápidamente Duvalier—. Sí, Palais.

—O sea, Palacio —dijo Ángel—. En verdad chocante.

Duvalier le miró inexpresivamente. Luego, se fue hacia la cabina de mandos. Salió al poco, acompañado de Brigitte, que fue a abrir la compuerta y colocar la escalerilla automática. Detrás de Duvalier salieron dos hombres, con uniforme de vuelo, azul y blanco. La gorra era azul, y en ella destacaba también el anagrama RdA, en oro.

—¿No es emocionante? —susurró Amalia, inclinándose hacia Ángel.

—Emocionantísimo. Y usted está chiflada... ¿O prefiere que la defina simplemente como una exótica?

—Prefiero lo de exótica —rió ella, mostrando sus dientes.

Ángel desvió la mirada, y soltó un gruñido.

Un minuto más tarde desembarcaban todos. Fueron recogidos por cuatro automóviles, que inmediatamente se dirigieron hacia la salida del aeropuerto. En uno de los automóviles viajaban solos Amalia y Ángel, contemplados de cuando en cuando por el chófer por medio del retrovisor.

—¿Adónde, vamos ahora? —preguntó de pronto Ángel.

—A palacio, monsieur.

—Ya.

No iban por la autopista hacia Niza, sino que salieron de ella inmediatamente y viajaron hacia el Norte. A los pocos minutos abandonaron esta pista, desviándose hacia el Este por una carretera secundaria que pronto se vio conducía también hacia el Norte, paralela a la autopista dejada antes. Llegaron a una pequeña localidad cuyo nombre divisó Ángel en el indicador: Gattières. Siguieron luego un par de kilómetros más hacia el Norte, por la carretera secundaria. Luego, abandonaron ésta para enfilar otra de tierra, ahora hacia el Oeste...

Debían ser las tres y cuarto de la tarde cuando llegaron a Royaume d'Azur.

Capítulo IV

LA revelación fue repentina, cuando aparecieron las altas verjas que parecían cerrar un espeso bosque de pinos. En un hueco entre los pinos estaba la gran doble puerta de rejas rematadas por puntas de lanzas doradas. Tras las rejas, Ángel divisó dos garitas, y un soldado uniformado de azul y blanco ante ellas, fusil con bayoneta en mano, inmóviles como estatuas. Desde allí, un amplio sendero partía hacia el interior del bosque.

Los coches se detuvieron ante las puertas, y Duvalier se apeó y caminó hacia éstas. Un joven oficial acudió corriendo del cuerpo de guardia, y las abrió, saludando acto seguido a Duvalier, que le dio unas breves explicaciones y se volvió haciendo señas a los conductores de los cuatro automóviles, que entraron en el recinto. Los dos centinelas seguían inmóviles, pero aparecieron hasta veinte soldados más, todos ellos armados con fusiles y bayoneta calada.

Ángel estaba todavía atónito. En uno de los pilones de rojo ladrillo que sostenían las puertas había visto el letrero de latón, mostrando en lo alto el anagrama RdA, y bajo éste las palabras Royaume d'Azur.

La guardia había formado, y el joven oficial saludaba ahora a Jean Duvalier con el sable sobre el hombro derecho. Un hombre de paisano se acercaba lentamente procedente del cuerpo de guardia. Ángel Tomás le prestó especial atención en cuanto estuvo lo bastante cerca para poderle ver bien los ojos... unos ojos de un azul claro transparente, fríos y quietos. El hombre era alto, musculoso, de hombros recios, y vestía muy bien. Bajo su axila izquierda se percibía apenas el bulto de la pistola. Era un traje cortado teniendo en cuenta esta eventualidad, pero Ángel no tuvo dificultad en distinguir el leve bulto del arma.

—Me gustaría saber en qué casa de locos nos estamos metiendo —susurró.

Amalia Lucientes pareció no oírlo.

Jean Duvalier estaba pidiendo a todos que salieran de los automóviles, y en cuestión de segundos todos estuvieron junto a él. El hombre de paisano llegó ante el grupo, y saludó con seca deferencia a Duvalier:

—Bien regresado, señor ministro.

—Gracias, Dieter. Creo que todo está en orden.

—Por supuesto, señor ministro, pero ya sabe que debo examinar todos los pasaportes.

—No hay inconveniente. Madame, messieurs, les presento a Dieter Strauss, el jefe de la policía secreta de Royaume d'Azur. Voy a rogarles que le permitan cumplir la formalidad de la revisión de pasaportes.

Amalia también miraba con suma atención a Dieter Strauss, rubio, inmutable, con aquellos ojos tan fríos... Llevaba los cabellos peinados de modo que se adherían a su redonda cabeza como si formasen un casco de metal dorado.

—Sólo le falta el monóculo —deslizó quedamente Ángel Tomás.

Dieter Strauss, que estaba recogiendo los pasaportes de los otros tres invitados, alzó la cabeza, miró fijamente Ángel durante unos segundos, y continuó con su cometido, examinando y devolviendo pasaportes. Amalia miró con cierta inquietud a Ángel, que lo ignoró. Strauss se acercó a ellos, y Amalia le entregó su pasaporte, qué fue examinado en silencio. Por último, le tocó el turno a Ángel Tomás, a cuyo pasaporte dedicó Dieter Strauss muy especial atención, para, finalmente, parecer defraudado. Lo devolvió.

—¿Todo en orden? —preguntó sonriente Ángel.

La transparente mirada de Strauss pareció clavarse en los oscuros ojos del venezolano.

—Por el momento, sí, monsieur. Sean todos bien venidos a Royaume d'Azur. Gracias por su amabilidad.

—No le ha gustado lo del monóculo, ¿verdad? Pero no se enfade: era una broma.

Dieter Strauss; sonrió como si su rostro fuese mecánico.

—Monsieur —dijo suavemente—: yo jamás me enfado. Hago lo que tengo que hacer, pero nunca me enfado. Con permiso.

Se alejó, reuniéndose un poco alejado con Duvalier, con el que estuvo conversando un par de minutos. Ángel Tomás veía de espaldas a Duvalier, y frente a él a Strauss, cuyos labios miraba muy atentamente mientras se movían en breves respuestas y preguntas. Amalia también miraba a Strauss, y cuando éste finalmente dio la vuelta y se alejó, miró a Ángel, que contemplaba ahora el hermoso cielo azul por encima de los pinos.

—Bien —regresó Duvalier—, vamos a seguir hacia palacio...

—Oiga, ¿de qué es usted ministro? —preguntó Ángel.

—De Relaciones Exteriores —le miró sonriente Duvalier—. Eso era muy fácil de comprender, monsieur Tomás.

—¡Tonto de mí! —exclamó Ángel.

—Estamos de enhorabuena —dijo muy satisfecho Duvalier, mirando a los invitados—: hemos llegado justamente un día en que Su Majestad da una fiesta. Por favor, volvamos a los coches.

De nuevo a los coches, que se deslizaron silenciosamente por el amplio sendero. Ángel Tomás iba mirando a todos lados, y, ciertamente, divisó algunas patrullas de soldados por entre los pinos. Al poco, se asomó por la ventanilla, al oír un rumor, y miró el cielo: dos helicópteros pintados de azul y blanco pasaban por encima de ellos. Ángel volvió a meter la cabeza dentro del coche, y miró a Amalia.

—Todo un verdadero reino —dijo—: ejército, policía secreta, y fuerzas aéreas. Me pregunto si también tienen carros de combate, cañones y, hasta quizá, armamento atómico. Ah, y un ministro de Relaciones Exteriores.

—Y un rey —dijo Amalia.

—Sí. Los franceses, evidentemente, son muy refinados. Pero me pregunto a qué llaman ellos un palacio.

—Bueno, un palacio es un palacio, ¿no?

—Ya veremos.

Lo vieron unos tres minutos más tarde, rodeado de soldados efectuando la guardia.

Y el asombro los dejó mudos.

Un palacio es un palacio, cierto.

Grande, blanco, con una amplísima escalinata en el frente, con torres, y con una cúpula dorada en el centro. Un palacio. Pero ésa era la primera impresión visual. Luego, si uno se fijaba bien, se daba cuenta de que las torres y la cúpula eran postizas, aditamentos colocados a una villa que, eso sí, era espaciosa y bellísima. También la escalinata, de mármol blanco, debía haber sido colocada posteriormente a la construcción de la villa de recreo...

Ángel Tomás pareció a punto de decir algo, pero desistió al darse cuenta de que, utilizando el espejo retrovisor, el chófer le miraba con suma atención. Tal vez no entendía el español, pero le miraba muy atentamente. Y además, sí debía hablar español. Claro que sí. Sin duda, desde el avión habían llamado por radio a palacio antes de aterrizar, y allí ya sabían quiénes llegaban. Así que habían dispuesto para él y Amalia Lucientes un coche cuyo chófer debía hablar perfectamente el español. Incluso era posible que lo de la revisión de pasaportes se hubiera organizado exclusivamente para examinar detenidamente el suyo, por medio de un experto como debía ser Dieter Strauss, sin llamar la atención.

Tras todas estas reflexiones, Ángel comentó:

—Caramba, ¡qué hermoso palacio! ¿Verdad, señorita Lucientes?

—Llámeme Majestad —replicó ella.

—¿Y no te daría lo mismo que te llamase Bocazas? —gruñó él, mirando de reojo hacia el retrovisor.

Y en éste vio el rostro del chófer conteniendo una risa. Bueno, si se

las querían dar de listos con él...

A todo esto, la bofetada de Amalia restallaba secamente en su rostro, haciéndole respingar y mirándola sobresaltado. Ella estaba roja de nuevo.

—¡No seas insolente! —se encolerizó Amalia—. ¡A partir de ahora me llamarás Majestad, y yo te llamaré a ti simplemente Ángel! ¡Y no me hagas enfadar más, o le diré a monsieur Duvalier que te castigue!

Ángel Tomás había fruncido una vez más el ceño. Estuvo mirando fijamente a Amalia, y eso fue todo. El coche se detuvo ante la escalinata, en la que había ya numerosos pajes vestidos con calzones y medias atendiendo a los primeros invitados y esperando al coche de Amalia y Ángel. Este salió del automóvil, lo rodeó, abrió la portezuela de Amalia, y le tendió la mano.

—Así me gusta —dijo ella, saliendo orgullosamente.

Duvalier acudía hacia ellos, mirando al chófer, al que Ángel vio encogiendo los hombros con una expresión divertida en su rostro..., y que indicaba que no tenía nada especialmente interesante que informar, por supuesto.

—Madame —dijo Duvalier—, tenemos dispuesta para usted una cámara con una habitación anexa para su paje. Por favor, sea tan amable de seguir a los pajes. Dentro de unos minutos pasaré para comprobar que todos ustedes se hallan adecuadamente instalados.

—¿A qué hora es la fiesta? —preguntó Ángel.

—Serán avisados con tiempo. Voy a ocuparme de conseguir un traje para usted, monsieur.

—Ya tengo un traje —se señaló las ropas Ángel.

—Pero no de paje —sonrió Duvalier—. Y a propósito de eso, si nos dice en qué hotel de París estaba usted llamaré por teléfono a mis amigos de allá para que recojan sus cosas y nos las envíen.

—Salvo una máquina de afeitar —dijo Ángel—, no necesito más de lo que llevo puesto. Yo mismo recogeré mis cosas cuando regrese a París.

—Como guste. Hasta ahora, madame.

Los pajes habían sacado ya el equipaje de Amalia del maletero, y subían las escalinatas. Amalia y Ángel fueron en pos de ellos. El vestíbulo era muy amplio, y del techo pendía una hermosa lámpara de cristal. Por los grandes ventanales entraba la luz del sol. Al frente había una escalinata de mármol que conducía a los aposentos de los dos pisos superiores, y a su pie dos pajes inmóviles y armados con lanzas de hacha. Cornell, Favre y Rundstein les precedían por la escalinata, conversando animadamente.

El aposento de Amalia estaba en el tercer y último piso. Los pajes se dedicaron a distribuir rápidamente las cosas en el gran armario de la

cámara, mientras Ángel iba a echar un vistazo a su habitación anexa, en efecto... Tanto su habitación como la cámara de Amalia daban a la parte de atrás del palacio, y desde la ventana Ángel vio la hermosa piscina de aguas azules, y un poco más allá seis pistas de tenis. Todavía más allá, el hermoso verdor de un campo de golf se extendía hacia la linde del bosque. Un bosque que parecía rodear densamente el palacio de Su Majestad Luis XXV, y por el cual vio patrullando más parejas de soldados. Y no precisamente de épocas pasadas, sino muy modernos, armados con metralletas.

Cuando Ángel pasó a la cámara de Amalia los pajes ya se habían marchado, y Amalia estaba mirando hacia donde poco antes había mirado Ángel. Se volvió al oírlo.

—¿Está bien tu habitación? —se interesó.

—No necesito nada más. Pero ahí debería haber una doncella, no un paje. Por las habladurías, Majestad.

—A las reinas no les importan las habladurías.

Ángel Tomás movió la cabeza.

—Estamos rodeados por un cinturón de bosque que tiene no menos de trescientos metros de ancho. Y está lleno de soldados.

—¿Y eso qué nos importa?

—A mí, sí, porque si quisiera huir de Su Majestad lo iba a tener muy difícil.

—¿No es emocionante? —sonrió Amalia—. ¡Estamos en un palacio con un rey!

—Si Su Majestad me lo permite voy a darme una vuelta por ahí.

—No te lo permito. Ve a prepararme el baño y vuelve aquí inmediatamente para ayudarme a desvestirme. Y te lo advierto seriamente, Ángel: cómo te vuelva a ver tonteando con esa Brigitte te las vas a ver conmigo.

—Prepararé el baño.

El cuarto de baño era muy espacioso, de mármol rosa. Fastuoso. Ángel abrió el grifo del agua caliente, probó su temperatura, y abrió un poco el de la fría. Cuando salió del cuarto de baño vio a Duvalier conversando con Amalia, que aseguraba estar encantada de todo hasta el momento. Duvalier parecía encantado de que ella estuviera encantada. Llevaba un paquete, que tendió a Ángel.

—Sus ropas de palacio, monsieur Tomás.

Ángel las tomó, se quedó mirando a Duvalier, y abrió el paquete. Al ver los calzones, el blusón de color azul y blanco y las largas medias, así como las zapatillas, miró a Amalia.

—Hay una cosa segura, Majestad de Majestades —dijo suavemente—: antes moriré que ponerme este disfraz.

—Si lo que desea es morir —dijo Duvalier, riendo—, tenemos una

hermosa guillotina instalada en un claro del bosque, ideal para ejecuciones. La cuchilla suele estar muy afilada.

—Estupendo-dijo Ángel—: me servirá para afeitarme, ya que observo que no me ha procurado usted nada con esa finalidad.

—Le enviaré una maquinilla —rió Duvalier de nuevo—. Bien, tengo que atender diversos asuntos, así que les dejo. La cena-fiesta será a las ocho en punto.

Duvalier abandonó la cámara, y Ángel hizo lo propio, entrando en su aposento. Tiró las ropas de paje a un rincón, y se tumbó en la cama. Al poco apareció Amalia en la puerta, mirándole muy enojada.

—¿Cómo está el baño? —preguntó.

—¡Lo había olvidado! —saltó de la cama Ángel, y echando a correr.

Llegó al cuarto de baño justo a tiempo para cerrar los grifos cuando ya el agua estaba a punto de rebosar la bañera. Regresó a la cámara de Amalia, que le contemplaba con el ceño fruncido, como imitándole.

—Ayúdame a desvestirme —ordenó—. ¡Y no me gusta repetir las cosas!

Ángel se acercó a ella, y comenzó a desvestirla, impávido, mientras Amalia permanecía inmóvil. Finalmente, la venezolana quedó desnuda sobre sus zapatos de alto tacón. Su cuerpo era asombrosamente espléndido, pero ni un solo músculo se había alterado en el rostro de Ángel Tomás, que parecía ignorar la fija mirada de ella.

—¿Quién te has creído que eres? —susurró de pronto Amalia.

—Ángel Tomás Salazar. El baño está preparado, Majestad.

—Acompáñame; vas a enjabonarme la espalda.

—He visto un cepillo adecuado para eso, así que,..

—¡Acompáñame!

—A las órdenes de su Majestad.

Ella echó a andar hacia el cuarto de baño. Vista por detrás parecía una magnífica estatua, resultaba casi tan bella de cuerpo como vista por delante. Apenas entrar en el cuarto de baño, Amalia ordenó:

—Busca algo para recogerme el cabello.

Ángel buscó en vano. Por fin, se quitó el cordón de un zapato, y lo utilizó para atar un gracioso moño abundantísimo en lo alto de la cabeza de Amalia, que se contempló en el espejo.

—Oh, Dios mío-susurró—, ¡odio mi cara!

—A mí me pasaría lo mismo —dijo Ángel.

Ella lo miró por medio del espejo. Luego, se metió en la bañera, y comenzó a enjabonarse el pecho y los hombros. Ángel permanecía inmutable junto a la bañera, mirándola. Ella murmuró:

—La espalda.

El venezolano se hizo cargo del gel, echó un chorro en la espalda de

Amalia y comenzó a frotar, produciendo abundante espuma. Ella cerró los ojos. Sólo se oía el leve chapoteo del agua. Ángel terminó su cometido, y se irguió. Amalia dejó marchar una buena cantidad de agua, y procedió a enjabonarse el resto del cuerpo. Ángel miraba a todos lados, especialmente hacia los ángulos del techo. Amalia terminó de enjabonarse, llenó de nuevo la bañera con agua caliente, y se relajó. Estuvo así no menos de cinco minutos, cerrados los ojos. Cuando los abrió, Ángel seguía en el mismo sitio, inmóvil, mirándola. Ella dejó marchar toda el agua, se puso en pie, y abrió la ducha. El agua, ahora fría, limpió su cuerpo de todo rastro de espuma. Al verla cerrar la ducha Ángel tomó una gran toalla, que por supuesto llevaba el anagrama RdA, y se acercó a la bañera. Amalia no se movió, sólo lo miró, y él, también en silencio, procedió a secarla. Cuando terminó fue a dejar colgada la toalla.

—Llévame al lecho —dijo ella.

Ángel Tomás la tomó en brazos, y la llevó al amplio lecho del dormitorio, lleno de resplandor solar. Amalia le ordenó que corriese un poco las cortinas, y todo quedó en una penumbra dorada.

—Cierra la puerta con llave —ordenó Amalia.

El paje obedeció. Regresó junto a la reina, y se quedó mirándola a la espera de nuevas órdenes, que no tardaron en llegar.

—Ahora-susurró—, desnúdate y hazme el amor.

—Ni hablar-rechazó Ángel.

Ella se sentó de un salto en la cama, y señaló a Ángel con un dedo.

—Escúchame bien, Ángel Tomás Salazar: la primera vez que me fijé en ti, cuando me espías en Nueva York, casi me mataste de la impresión. No podía creer que hubiera un hombre que nada más verlo me gustase tantísimo. Pero allá estabas, y lamenté perderte de vista. Luego, te volví a ver, en Londres, y cuando se me vino a la mente la idea de que quizá eras un gigoló en busca de «clientas», estuve a punto de llamarte a gritos. Y luego, ¡otra vez te veo en París! Para entonces, ya no podía olvidarte, y te deseaba tanto que me las arreglé con Duvalier para que él creyera tener la buena idea de retenerte a mi lado. Y aquí estás. No me importa que seas un gigoló, o un espía, o un repugnante agente fiscal... ¡Estoy loca por ti, y voy a tenerte! De modo que hazme el amor o voy a organizar tal escándalo en palacio por tu culpa que Duvalier considerará en serio la posibilidad de guillotinar te. ¿Está claro?

—Eres una puerca —dijo Ángel.

—Quizá. Pero siempre tengo lo que quiero... Siempre. Y ahora, te quiero a ti ¿Qué decides?

Lo que decidió Ángel Tomás fue muy fácil de comprender, cuando, sin más comentarios, comenzó a desnudarse...

En un gran compartimento especial de los sótanos de la villa disfrazada de palacio, Duvalier y Dieter Strauss miraban fijamente la imagen de Ángel Tomás en la pantalla de televisión de la gran consola en la que había otras treinta y nueve pantallas, cuyos mandos atendían dos hombres sentados ante varias hileras de mandos.

En aquel momento estaban encendidas las pantallas de las habitaciones de Vallance Cornell, Raymond Favre y Franz Rundstein, además de la de Amalia Lucientes. En esta pantalla estaba centrada la atención de todos los allí presentes, de entre los cuales destacaba el hombre alto y atlético, de facciones viriles y hermosas, y cuya cabeza era completamente calva. Debía medir cerca de metro noventa, y resultaba impresionante. Su indumentaria consistía en un negro batín de seda únicamente, en el cual, sobre el bolsillo del pecho, se veía la corona bordada en oro. Los ojos del impresionante sujeto estaban fijos en la pantalla donde Ángel Tomás terminaba de desnudarse... Unos ojos oscuros, grandes, de profunda expresión.

—Vaya sujeto el tal Ángel Tomás —murmuró de pronto Duvalier—. Vestido no parece que tenga esa musculatura. Incluso parece más fuerte que tú, Dieter.

Strauss sonrió despectivamente.

—Puedo partirlo en dos con una sola mano. Y eso es lo que haré.

—En su momento, tal vez —dijo el impresionante calvo—. Naturalmente, estáis seguros de que nadie pudo seguir nuestro avión.

—Claro que no —dijo Duvalier, sin dejar de mirar la pantalla—. Y menos todavía pudieron seguirnos en coche desde el aeropuerto.

—En ese caso, dejaremos que Dieter se desfogue con el británico —el calvo señaló la pantalla en la que se veía a Vallance Cornell en su aposento—. No me gusta que un agente inglés se haya metido en esto. ¿Qué hay de los otros dos nuevos?

—Raymond Favre me parece un pobre hombre —informó Duvalier—. Tiene mucho dinero, es cierto, pero no creo que nos interese: carece de personalidad para ser rey. El que quizá resulte aprovechable es Franz Rundstein..., aunque la República Federal no es precisamente un bocado fácil.

—Estudiaremos a fondo a Rundstein —asintió el calvo; volvió a mirar la pantalla de Amalia—. Ya la señorita Lucientes, que si es lo que dice ser. ¿No es cierto, Dieter?

—Así es, Luis. Cuando anoche me llamó Duvalier desde París me puse a trabajar enseguida, y supe que Amalia Lucientes, la rica petrolera venezolana, hacía algunas semanas que había salido de su país hacia Estados Unidos, y que pensaba proseguir su viaje por Europa y Asia.

—Bien... Bien.

Se quedaron en silencio los tres, fija la mirada en la pantalla. El atlético Ángel Tomás estaba ya tendido en el lecho junto a Amalia Lucientes, que se abrazaba a él y le besaba. Ella misma se puso un brazo de él alrededor de su cintura, y se apretó más contra el cuerpo masculino. Su voz sonó queda en el sótano de vigilancia electrónica:

—Acariciante... Ángel, acaríciame... ¡Y bésame en la boca!

Jean Dutreval movió compasivamente la cabeza, mientras Dieter sonreía sardónicamente. Luis XXV simplemente miraba. Presenciaron el abrazo, el beso de Ángel Tomás a Amalia Lucientes, las caricias de sus manos en todo el cuerpo... Ella apartó la boca, y suspiró:

—Házmelo...

Instantes más tarde resonaba en el sótano el gemido de inicial placer de Amalia Lucientes.

—Vaya una hembra —dijo Duvalier.

—Me interesa —dijo el calvo—. Es fea, pero tiene un cuerpo hermoso. Y sobre todo, cuando quiere una cosa no repara en medios para conseguirla. Esa es la clase de gente que necesitamos. Oportunamente hablaré con ella para proponerle que sea reina en Venezuela. Bien, apagad esa pantalla.

—¿Ahora? —exclamó Dieter—. ¡Pero ella está a punto de...!

—Apagad.

—Por supuesto, Luis.

—Y dejadla tranquila. Que disfrute cuanto quiera, que se tire a ese sujeto las veces que quiera... Quiero que esté muy satisfecha de su estancia aquí, que empiece a valorar, las conveniencias no sólo de ser rica, lo que no le habría facilitado forzosamente un hombre como ése, sino de ser reina, que sí le conferirá poder para tener a ese hombre y a todos los que pueda desear. Estaré en mis aposentos.

Salió de la estancia al pasillo, por el que caminó apenas media docena de pasos, hasta el hueco de la pequeña cabina-ascensor que conducía directamente a sus aposentos. La cabina ascendió silenciosamente, y se detuvo en el salón. Luis XXV salió, fue a sentarse en un suntuoso sillón, y encendió un cigarrillo, quedando pensativo.

Pero no cabía dudarle: las personas que a él le interesaban tenían que ser como Amalia Lucientes.

Capítulo V

EL chambelán apareció en la amplia puerta del gran salón, golpeó el suelo con la vara, y anunció solemnemente:

—¡Su Majestad Luis XXV!

Había cesado todo rumor en el salón, y todas las miradas estaban fijas en el lugar de la real aparición. Amalia Lucientes, que había estado conversando con sus tres compañeros de viaje a Reino d'Azur, miraba muy atentamente al regio personaje, cuya fastuosidad estaba fuera de toda duda. Llevaba medias blancas, calzones azules, y casaca blanca. También la gran peluca de amplios y numerosos rizos era blanca. En la mano derecha, Luis XXV sostenía unos impertinentes, que se colocó elegantemente ante los ojos para lanzar un vistazo circular por el salón.

—Cielos —murmuró Amalia—, ¡qué hombre tan interesante!

Vallance Cornell sonrió irónicamente. Luis XXV caminaba ahora despaciosamente por entre las filas que se habían formado en el centro del salón, saludando a los personajes que le recibían con torpes inclinaciones de cabeza. Había mujeres, por supuesto, que hacían una absurda reverencia. Mujeres espléndidas, jóvenes, bellísimas.

Desde hacía quince minutos Amalia y los demás invitados de Su Majestad esperaban en el salón, y en ese tiempo la venezolana creía haber captado ya de qué iba la diversión: hombres muy ricos que pagaban cincuenta mil dólares como anticipo, y más adelante sin duda otra buena cantidad, para estar en aquel lugar divirtiéndose de modo diferente a como lo habían estado haciendo entonces en sus aburridas vidas, embobándose con un ambiente palaciego de película made in Hollywood. Había criados con librea y peluca, una orquestina que había estado tocando minuets, y joyas de pega que las damas lucían en sus amplios escotes.

Era todo tan decididamente absurdo que sobrepasaba lo ridículo para alcanzar la categoría de desconcertante. Y decepcionante, porque Amalia no podía alcanzar a imaginar qué cosa extraña podía estar sucediendo en aquel palacio de un reino que no existía...

Jean Duvalier, que caminaba detrás y a la derecha de Luis XXV, se adelantó un poco cuando Su Majestad estuvo cerca de Amalia, Cornell, Favre y Rundstein. Sus gestos eran ampulosos, increíbles.

—Majestad, permítame presentarle a nuestros nuevos invitados: el

señor Vallance Cornell, el señor Raymond Favre, el señor Franz Rundstein, y la señorita Amalia Lucientes.

Luis XXV había ido moviendo apenas la cabeza a cada presentación, y cumplidas éstas, miró amablemente a Cornell y preguntó:

—¿Cómo está Elizabeth, señor Cornell? ¿Tal vez la ha visto usted últimamente?

—¿A quién? —se desconcertó el británico.

—A Elizabeth, naturalmente.

—Su Majestad —se apresuró a aclarar Duvalier— se está refiriendo, naturalmente, a la Reina de Inglaterra.

—Ah —se pasmó Cornell—. Pues no. Lo siento, pero... Bueno, a decir verdad nunca he estado cerca de Su Majestad. Pero creo que por fortuna se encuentra perfectamente.

—Lo celebro —casi sonrió Luis XXV, y desvió su mirada hacia Favre—. Monsieur, fue una desgracia lo que ocurrió en Francia, pero tal vez en breve podamos ponerle remedio. Se puede admitir que una nación esté regentada con más o menos poderes por un presidente, pero es intolerable que no exista un rey, ¿no está de acuerdo?

—Sí, sí —asintió Favre—. Por supuesto, Majestad.

—En cuanto a usted, herr Rundstein —lo miró Luis XXV—, podría decir lo mismo, pero creo que por el momento Alemania vería con mejores ojos los esfuerzos dedicados a su reunificación que a reinstaurar una vieja monarquía.

—Sin la menor duda, Majestad —asintió muy seriamente Rundstein—. No obstante, soy de la opinión de que los tiempos de esplendor sólo se consiguen cuando una nación dispone de realeza.

—Interesante... e inteligente observación, herr Rundstein. En un momento más adecuado me gustaría sostener una conversación privada con usted. Mi buen Duvalier se encargará de concertar la cita.

—Me siento muy honrado, Majestad.

Luis XXV se detuvo ahora frente a Amalia, cuya inexpresividad era total mientras miraba los oscuros ojos del monarca. A su vez, éste miró con detenida atención los también oscuros ojos de la venezolana.

—Señorita Lucientes, tengo informes altamente satisfactorios sobre usted. Al parecer no la asustaría a usted ser reina.

—¿Debería asustarme, Majestad? —inquirió dulcemente Amalia.

—Puedo asegurarle que no es fácil ser reina.

—Estoy convencida de ello. Sin embargo, observo que hay en palacio muchas damas, y yo creía que sería la única. Supongo que entendí mal a monsieur Duvalier cuando dijo que no estaba previsto la presencia de mujeres en palacio.

—Mi buen Duvalier se refería, claro está, a mujeres dignas de ser consideradas como reinas. Las que usted ve son... ¿cómo lo diría yo?..

—¿Damas de compañía, Majestad? —sugirió Amalia.

Su Majestad Luis XXV se permitió una sonrisa, mientras por sus ojos pasaba un destello de renovado interés.

—Podríamos decirlo así, en efecto. Como usted comprenderá, un lugar sin damas no puede resultar del todo agradable para unos caballeros que desean ser tratados como reyes. Pero, volviendo al principio de esta agradable conversación, tengo informes de que su personalidad no es... vulgar. Esto aparte, y considerando su generosa aportación inicial, la encaminan a usted firmemente hacia un... efímero, pero delicioso reinado. Me encantará observarla tras la coronación.

—¿Voy a ser coronada reina?

—Naturalmente. Y me complacería sobremanera que una vez ensalzada a la categoría de reina ocupase un asiento a mi lado.

—Acepto emocionada tan gran amor, Majestad.

—Dentro de poco —sonrió de nuevo Luis XXV— podrá usted llamarme simplemente. Luis., ¿Está todo preparado, mi buen Jean?

—Por supuesto, Majestad.

—Bien. Procedamos, entonces.

Luis XXV saludó con real gesto y se dirigió hacia el fondo del salón, donde estaba su trono. Se sentó en éste, miró a Duvalier, y éste hizo una seña que fue interpretada por los heraldos de palacio, colocados junto a las paredes. Todos a una alzaron sus largas trompetas, y emitieron un tono prolongado y cambiante. Cerca de Duvalier aparecieron cuatro pajes portando sendos almohadones blancos sobre los cuales descansaban otras tantas coronas.

Amalia Lucientes veía y no creía. A su alrededor todo eran sonrisas y comentarios, algunos realmente jocosos, que casi arrancaron risas en Vallance Cornell.

Duvalier se adelantó un poco.

—Majestades invitadas, encantadoras damas, vamos a proceder a la coronación de protocolo de cuatro nuevos invitados de Su Majestad Luis XXV. Por favor, demos al acto la solemnidad que merece.

Como por arte de magia, sobre las cabezas de los invitados comenzaron a aparecer coronas cómo las que portaban los pajes que esperaban cerca de Duvalier. En un instante; todo se llenó de reyes de pega. Raymond Favre se inclinó hacia Amalia, y susurró:

—Es la idiotez más grande de que tengo noticia, pero lo seguro es que nos vamos a divertir; y que pocas personas podrán contar experiencias como esta nuestra. Yo nunca he sido rey. ¿Y usted?

Amalia lo miró, frunció el ceño, y; sin contestar, dedicó de nuevo su atención a la ceremonia. Justamente en ese momento Duvalier llamaba a Raymond Favre, que se acercó al trono de Luis XXV, y, a una seña de Duvalier, se postró ante el monarca, hincando una rodilla en tierra. Un

paje se colocó junto a Luis XXV, qué tomó delicadamente la corona, y la alzó sobre la cabeza de Favre.

—Yo, Luis, XXV, rey de Azul, soberano resplandeciente en un mundo que está en desconsoladora decadencia, tengo a bien coronar a monsieur Raymond Favre como Majestad indiscutible del Reino que él mismo elija; ¿Qué lugar desea para reinar, monsieur Favre?

—¿Yo? —se pasmó éste—. Bueno, pues... París. Rey de París.

—Rey de París, yo te coronó.

Luis XXV colocó la corona sobre la cabeza de Favre, que a una señal de Duvalier se irguió y se puso en pie. Una salva de aplausos acogió su coronación...

* * *

Los aplausos llegaron, muy amortiguados, hasta el pasillo del fondo de la planta baja, por donde caminaba lentamente, como aburrido, Ángel Tomás, con las manos en los bolsillos. Volvió la cabeza; titubeó, y luego prosiguió su deambular por el palacio. Había recorrido ya los tres pisos de éste, había visto las habitaciones de los criados, precisamente cerca de donde estaba ahora, en la planta baja, y se encaminaba hacia donde, si su olfato no le engañaba, estaba la cocina.

Bien, distribuidos por el palacio había soldados con lanzas que le habían mirado inexpresivamente, tanto que parecía que ni siquiera le veían. Lo mismo sucedía en la puerta que había al fondo, y que vio cuando se detuvo ante la de la cocina, dentro de la Cual se oía el rumor propio del lugar. Allí, en aquella puerta del fondo, dos soldados de calzones y lanza permanecían como estatuas... ¿Para que nadie del exterior entrase..., o para que nadie del interior saliese?

Decidió comprobarlo. Caminó hacia aquella puerta, y cuando se disponía a alargar el brazo para asir el picaporte, las dos lanzas se cruzaron ante él, cortándole el paso. Ángel miró a uno y otro payaso.

—Sólo quería tomar un poco el fresco —dijo—. ¿No puedo salir?

Las dos lanzas permanecieron cruzadas ante él. Ángel retiró el brazo, y asintió con un gesto.

—Comprendo —dijo—. Que pasen feliz noche.

Regresó hacia la cocina, en la cual entró. Era enorme, y había trabajando allí no menos de quince personas, que no le hicieron el menor caso. Un sujeto altísimo y gordísimo, con grandes bigotes de guías rizadas orgullosamente hacia arriba, y que portaba un blanco gorro de chimenea, daba órdenes continuamente, yendo de un lado a otro sin parar. Ángel comprendió que era el jefe de la cocina, y se acercó a él, pasando junto a las mesas donde ya comenzaban a prepararse excelentes manjares, puras filigranas culinarias que maravillaron

verdaderamente a Ángel Tomás. Ni siquiera en Lyon había visto tal derroché de calidad y fantasía. De todo aquello, lo único que le pareció asequible fue la bandeja de canapés de caviar con huevo duro y cebolla teñida de rojo.

Tomó un canapé y se lo metió entero en la boca. La mirada del cocinero jefe cayó sobre él como un cañonazo.

—¡Eh, tú! —bramó—. ¡Apártate de ahí ahora mismo! ¡Y sal de mi cocina corriendo!

—Tengo hambre —dijo Ángel, alargando la mano hacia otro canapé—. No he cenado.

El enorme cocinero cargaba hacia él como un viejo carro de combate, agarrando de pasada una sartén de la que saltaron diversas frituras. La sartén, chorreando aceite, se blandió sobre la cabeza de Ángel, mientras los ojos del cocinero despedían puro fuego.

—¡Largo de aquí, canalla! —bramó.

—¿Y un bocadillo? —sugirió Tomás.

—¿Se repartió la cena a los sirvientes a su hora!

—Es que yo estaba descansando, y no me enteré.

—¡FUERA DE AQUI!

Ángel bajó la cabeza, muy manso. De pronto, alargó las dos manos a la vez, agarrando sendos canapés. La sartén descendió en diagonal hacia su cabeza, sin alcanzarla, puesto que Ángel retrocedió ágilmente. Fue un desastre: la sartén alcanzó de lleno la bandeja de canapés, haciéndolos saltar destrozados en todas direcciones. El cocinero se quedó un instante contemplando con aterrada estupefacción el estropicio, luego soltó la sartén, se llevó las manos a la cabeza, haciendo caer el gorro, y comenzó a gemir. Ángel se metió otro canapé en la boca, movió la cabeza, y dijo:

—¿Lo ves? ¡Ahora nadie se comerá el caviar!

Cuando al desolado Gastón quiso reaccionar su inoportuno visitante ya salía de la cocina, metiéndose en la boca el último canapé. Casi se dio de narices con Dieter Strauss, que se quedó mirándolo fijamente. Ángel se quedó mirándolo como si acabase de aparecérselo un fantasma, y enseguida sonrió.

—Ah, hola, señor jefe de la policía —saludó—. ¿Qué tal?

—¿Qué está usted haciendo? —murmuró Strauss.

—Cenando un poco. Me quedé dormido en una siesta larguísima. Oiga, el cocinero ese tiene mala uva, ¿verdad?

—Señor Tomás, no debe usted vagar por el palacio.

—Sólo quería ver cómo es.

—Pues si ya lo ha visto vuelva a su habitación.

—No he cenado a mi gusto.

—Me encargaré, de que le suban una cena satisfactoria.

—Ah, eso es otra cosa. Oiga, ¿qué está pasando ahora en el salón?
—Están efectuando las nuevas coronaciones.
—¿Las qué?
—Las nuevas coronaciones —sonrió secamente Strauss—. Permítame acompañarle a su habitación; señor Tomás.
—Preferiría ver eso de las coronaciones.
—No puede ser.
—Paciencia. Espero que mi reina me lo cuente todo después...

* * *

—..Reina de Toda América, yo te coronó —dijo Luis XXV, complaciendo los deseos de los territorios de reinado de Amalia Lucientes.

La salva de aplausos fue mucho más nutrida que las tres anteriores. Amalia se irguió, sonriente, con la corona sobre su cabeza. No estaba segura de si era de madera o de plástico, pero lo cierto era que no era de oro. Pesaba muy poco. Cerca de ella, los recién coronados Rundstein, Favre y Cornell aplaudían sonoramente. El regocijo era general.

Los aplausos cesaron a una petición de Duvalier, que dijo:

—Majestades y damas, sigan a Su Majestad Luis XXV hacia el salón comedor, por favor.

Luis XXV se había puesto en pie, y acercándose a la Reina Amalia de Toda América, le tendió el brazo. Sonaron más aplausos cuando la venezolana se agarró al brazo del monarca, cuya corona, ciertamente, parecía más consistente; que las de sus invitados.

—Concédame el honor, Majestad —dijo Luis XXV.

—Llámeme Amalia —dijo ésta, mostrando sus saltones dientes—. ¿Puedo llamarlo Luis ahora?

—Por supuesto, querida.

—Espléndido. Dígame, Luis: ¿qué seguirá ahora?

—Ah, tenemos una cena exquisita, preparada por Gastón, el mejor cocinero de Francia, es decir, del mundo. Posteriormente, en el salón de nuevo, tomaremos café y licores, escucharemos música, y, quienes lo deseen, podrán bailar alguna que otra polka, hasta el amanecer si así les complace. Sin embargo, creo que la mayoría preferirán la caza del zorro, precisamente al amanecer, por lo que deduzco que hoy nos retiraremos pronto.

—¿Hay zorros por aquí?

—Hay zorros en las cuerdas de palacio. Los criamos expresamente para ese fin. Por la mañana soltarán dos o tres de ellos, y saldremos a cazarlos, siempre, naturalmente, dentro de los límites de mi reino. ¿Sabe usted montar?

—Bastante bien.

—Magnífico. Me encantaría tenerla como compañera de montería.

—Acepto encantadísima —rió la Reina Amalia—. Bueno, ¿y qué más cosas podemos hacer en palacio?

—De todo. Desde jugar al ajedrez a conversar conmigo de asuntos reales, pasando por diversiones de tipo personal que los caballeros especialmente parecen preferir...

—¿En compañía de las lindas damas?

—Generalmente, así es. Pero no crea que esto es... una continuada bacanal romana, todo sexo. No, no, por favor. Podemos jugar al tenis, al golf, nadar en la piscina, pintar, resolver privadamente asuntos de estado mundiales...

—Esto último será en teoría.

—Hablamos de ello. Bien, también tenemos con frecuencia atracciones de tipo medieval, como juglares y saltimbanquis. Y por supuesto, bailes, meriendas en el campo, reuniones intelectuales... Y, en fin, querida, cuando uno de nuestros reyes invitados desea algo que no está en palacio, se trae a palacio, sea como sea.

—¿Qué tal una cacería de tigres?

Luis XXV miró con leve sobresalto a Amalia, vio la sonrisa de ésta, y se echó a reír. Le palmeó la mano que descansaba sobre su brazo.

—Reflexionaré sobre ello. Ahora, cenemos, Amalia. Y mañana, tal vez pasado, sostengamos una conversación privada que no dudo merecerá su más alto interés. ¡Ah, ese Duvalier, siempre está en todo! ¿Se da cuenta? Nos ha traído ésta noche, para deleitarnos mientras cenamos, unas bellas bailarinas orientales...

Habían llegado al salón comedor, y Luis XXV ocupó la cabecera de la mesa, sentando a la Reina Amalia a su derecha. La mesa formaba un arco, en el centro del cual esperaban las bailarinas orientales... que seguramente procedían de París o de cualquier ciudad de provincias donde no debían estar cosechando muchos éxitos.

Los servidores, aparecieron con las bandejas repletas de comida. Jean Duvalier ordenó a las bailarinas que iniciaran sus danzas. Amalia estaba contando las testas coronadas. Incluyéndose ella, el total era de veintitrés. Es decir, que a cincuenta mil dólares iniciales por testa, la suma total era de un millón ciento cincuenta mil dólares. Cantidad más que suficiente para organizar toda una fiesta. Si luego, se le pedían a los invitados otros cincuenta mil dólares por cabeza antes de partir, la suma era ya más que considerable.

Pero... ¿eso era todo?

¿Realmente todo lo que ocurría allí, en Royaume d'Azur, se limitaba a aquel absurdo jolgorio de coronaciones, bailes, damas de compañía bellísimas y cacerías de zorro o partidas de golf?

¿No era todo absolutamente disparatado?
Bien, al menos, la cena prometía ser realmente exquisita.

* * *

—Su cena, monsieur —dijo Brigitte.

Ángel Tomás, que había acudido a abrir la puerta de la cámara de Amalia, se quedó mirando con alegre sorpresa a la preciosa azafata, que sonreía dulcemente, bandeja en manos. No llevaba ahora el uniforme de azafata, sino un ligero vestido de noche, corto, escotadísimo, que permitía ver toda la maravilla de su satinada piel y la perfección superior de sus senos. En realidad, faltaban apenas unos milímetros para que se le viesen completamente los senos.

—Caramba —dijo Ángel—, ¡por fin algo agradable en palacio!

—Sin duda es una cena exquisita, monsieur —dijo Brigitte.

—No me refería a la cena, sino a su presencia. ¿Sabe? La he estado buscando antes por todo el palacio, pero no he conseguido localizarla.

—Oh... ¿Me buscaba a mí, monsieur? Sí, es cierto, oí que andaba usted de un lado a otro. ¿De verdad me buscaba a mí?

—Claro. Pase, pase... Y vamos a mi habitación. No creo que la Bocazas venga hasta muy tarde, pero si llega mientras esté usted aquí, por favor, escóndase debajo de mi cama. ¿De acuerdo?

—¡Supongo que está bromeando, monsieur! —rió Brigitte.

—Claro que no —aseguró Ángel, cerrando la puerta; tomó del brazo a la muchacha—. Vamos a mi aposento de lacayo, o de paje, qué más da. ¿Tiene usted prisa?

—Pues... a decir verdad, ya no, monsieur. Estaba cenando en uno de los saloncitos pequeños, junto con otros empleados, mientras recibíamos instrucciones del jefe de protocolos de palacio para nuestros siguientes servicios..., y ya terminé. Supe que el señor Strauss iba a enviarle la cena, y... me pareció agradable traérsela personalmente.

Ángel asintió, mientras cerraba la puerta de su habitación. Tomó la bandeja, la puso sobre la cama, se sentó en el borde de éste, y, como viera que la muchacha permanecía de pie señaló una silla tapizada.

—Siéntese, por favor. ¿O no le está permitido quedarse con los criados unos minutos?

—La verdad es que no —dijo Brigitte, pero sentándose al mismo tiempo—. Sin embargo, siempre podré decir que me pareció conveniente esperar a que terminase de cenar para retirar el servicio.

—Me gustaría que eso lo hiciera por la mañana —deslizó Ángel.

La preciosa azafata sonrió encantadoramente, sin responder. Ángel probó la cena, asintió, y la emprendió con ella con gesto decidido. Se sirvió un vaso de vino de Reims, mirando a hurtadillas a Brigitte, que

bajó los párpados rápidamente. El venezolano alzó el vaso.

—Por nuestra amistad —sonrió.

Ella volvió a sonreír.

—Que sea duradera, monsieur —dijo.

Ángel probó el vino, apenas unas gotas, y lo paladeó con gestos ostensibles, entornando los ojos. No contenía veneno, pero sí narcótico; es decir, que no deseaban matarlo, sino drogarlo.

—Excelente vino —dictaminó.

Y bebió un sorbo con notorio placer.

Capítulo VI

—ES un placer conversar con usted —aseguró Luis XXV, mirando verdaderamente complacido a la Reina Amalia, mientras sostenía entre los dedos una pechuga de codorniz—. Le diré con sinceridad que nunca había disfrutado tanto de una conversación con una dama. Obviamente es usted una mujer de mundo.

—Y ahora, reina —rió Amalia, alcanzando una copa de champán.

—Merece serlo realmente. ¿Lo está pasando bien?

Amalia Lucientes alzó las cejas, desvió la mirada de Su Majestad, y recorrió la escena que se desarrollaba ante ella y a los lados. Las bailarinas orientales estaban terminando su segundo número, algunas de ellas completamente desnudas. El ambiente se estaba animando. Los «reyes» agarraban las viandas con las manos, que chorreaban salsas y aceites, y las damas de compañía reían y sobre todo bebían grandes cantidades de champaña. Alrededor de todo esto, los soldados de calzón y lanza permanecían impertérritos. Los recién incorporados reyes, Rundstein, Cornell y Favre, se habían procurado ya sus damas de compañía. Duvalier, sentado un poco a la izquierda de Luis XXV parecía un poco más relajado, y disfrutaba de la situación? Al que no se veía por parte alguna era a Dieter Strauss.

—Digamos —deslizó suavemente Amalia— que es una situación atractivamente insólita para mí, Luis. Atractivamente insólita —pareció reflexionar Su Majestad—. Sí, muy bien expresado. Amalia, mañana mismo...

—¡Muera el tirano! —sonó de pronto el grito.

—¡Abajo la monarquía!

—¡A la guillotina con la realeza!

La música había cesado de repente, las bailarinas habían dejado de bailar, el silencio se hizo durante un extraordinario instante de total desconcierto. Un instante brevísimo, al que sucedió otro de estupor y enseguida de sobresalto y alarma, al ver todos a los seis soldados de calzón y lanza que, con ésta en ristre, cargaban por entre las bailarinas, derribándolas rudamente, hacia la cabecera de la mesa, hacia el puesto real.

Luis XXV se puso en pie de un salto.

—¡A mí la guardia! —aulló—. ¡Al rey! ¡Salvad al rey!

Amalia vio llegar a los soldados lanza por delante, y, simplemente, se puso en pie y retrocedió, dejando la mesa entre ella y la reducida hueste atacante, imitando así a Su Majestad Luis XXV.

En un momento, el salón comedor se convirtió en un enloquecido campo de batalla. Los restantes soldados de la guardia corrían para cortar el paso a los revoltosos, todos gritando. Los comensales iniciaron la desbandada, derribando parte de las mesas, viandas y bebidas, y las damas de compañía comenzaron a gritar agudamente, llevándose las manos a los pechos adornados con oropeles y minucias. Comenzó a oírse el chocar de las lanzas, gritos de dolor... Las bailarinas corrían hacia la puerta, tropezando con otros soldados que acudían de otras partes de palacio...

—¡Muera el rey! —gritaban los revoltosos.

Algunas coronas rodaban por el suelo, y también algunas damas de compañía lo hicieron cuando fueran empujadas sin misericordia por los recientes monarcas... La mirada de Amalia se desplazó hacia Vallance Cornell, que de pie y también alejado de la parcialmente derribada mesa lo miraba todo con sorprendente frialdad...

—¡Guardia de palacio! —seguía vociferando Luis XXV—. ¡A mí la fiel guardia de palacio!

Dos de los revoltosos llegaron a alcanzar un grupito de damas de compañía, las agarraron por las ropas, arrancándoselas, y las derribaron, blandiendo sobre ellas sus lanzas afiladas... Por detrás de ellos llegó un grupo de soldados fieles, y los golpearon en la espalda con los extremos no punzantes de sus lanzas. Saltaron cascos, cayeron hombres. En el centro del salón, los restantes revoltosos sostenían una lucha encarnizada, pero estaban llevando ya la peor parte, y recibían golpes de lanza por todas partes. Uno de ellos rodó por el suelo. Otro intentó huir pasando por entre el cerco de soldados, y fue derribado por varios de éstos...

—¡No lo matéis! —ordenó Luis XXV—. ¡No los matéis, deseo que sean guillotinado al amanecer!

En cuestión de pocos segundos más, todos los revoltosos quedaron dominados por la soldadesca fiel, que los sujetaron fuertemente, y los arrastraron hasta delante de Luis XXV, que los señaló con tembloroso dedo:

—¡Seréis decapitados al amanecer! —sentenció.

—¡Muera el rey! —aulló uno de ellos.

Recibió un golpe en la cabeza que le privó del conocimiento. Luis XXV, echando chispas por los ojos, pasó junto a la mesa derribada, directo hacia la puerta del comedor. Allí, se volvió.

—La fiesta ha terminado —dijo, muy alterado—. Y queda suspendida la caza del zorro. En su lugar, podrán presenciar ustedes la ejecución de

estos traidores.

Dio media vuelta y desapareció. Duvalier comenzó a dar órdenes, pero Dieter Strauss, que había aparecido a toda prisa, se ocupó de la situación. Duvalier quedó consternado, tembloroso, desorbitados los ojos. Amalia se acercó a él.

—Caramba —dijo—. ¡Caramba, monsieur, qué cosa tan desagradable!

—Ha sido horrible —jadeó Duvalier—. Hacía ya tiempo que nos temíamos una cosa así, y por fortuna estábamos preparados. ¡Pero ha sido horrible!

—Sin duda alguna —dijo Cornell, acercándose—. Nada menos que hemos estado a punto de presenciar un magnicidio.

—Demonios —jadeó otro monarca—. ¡De buena nos hemos librado!

—Todo ha terminado —dijo Duvalier, calmándose—. Por favor, sean tan amables de retirarse todos a sus habitaciones. Apelo a su comprensión, por favor.

Los monarcas comenzaron a abandonar el salón-comedor, algunos de ellos tras hacerse cargo de las damas de compañía que habían quedado desnudas, y que parecían al borde de la histeria.

—Enajenante —dijo Vallance Cornell—. Simplemente enajenante, ¿no le parece, Majestad?

Amalia le miró, captó la pérfida risa en los ojos del británico, y dejó escapar un suspiro.

—Me he llevado un susto de muerte —dijo—. Creo que, en efecto, lo mejor será que me retire. Hasta mañana.

—No se pierda la ejecución —dijo Cornell.

Amalia ni siquiera le miró. Un minuto más tarde entraba en su cámara, cerrando la puerta. El rumor que reinaba en palacio quedó amortiguado, como lejano.

—¿Ángel? —llamó.

Fue hacia la puerta de la habitación anexa de su paje, la empujó y entró. De un vistazo comprobó la ausencia de Ángel Tomás. Se quedó en el umbral, mirando a todos los lados, como si el venezolano pudiera estar escondido en cualquier diminuto escondrijo. Su mirada se posó finalmente en la cama, cuyo borde aparecía un poco aplastado. Luego, vio la silla tapizada colocada de frente a la cama, a poca distancia. Olía a vino. Se acercó a la cama, y vio en el suelo la mancha oscura, todavía algo húmeda. También vio una amplia mancha en el borde de la colcha. La acercó a su nariz, y la olió.

Por lo demás, todo estaba en orden.

Salió de la habitación de Ángel, fue a su mesita de noche, y descolgó el auricular del teléfono.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

—Muy bien. Deseo ver inmediatamente al señor Strauss. Sé que debe estar muy ocupado en estos momentos, pero deseo verlo ahora mismo. Soy la Reina Amalia de Toda América.

Colgó. Siete u ocho minutos más tarde sonó la llamada a la puerta, y Amalia se apresuró a abrir. Strauss estaba allí, conteniendo su enojo. Amalia no le dio tiempo ni a abrir la boca.

—Señor Strauss, mi paje no está en su habitación, que es donde yo deseo qué esté. ¿Sabe usted dónde está?

—No, Majestad. Todo lo que puedo decirle es que le encontré antes yendo de un lado a otro de palacio, buscando algo para cenar. Le rogué que viniera aquí, y le envié inmediatamente una abundante cena con Brigitte.

—¿Con Brigitte? ¿La azafata que voló desde París con nosotros?

—Así es, Majestad. Bueno, realmente ella fue quien insistió en prestar ese servicio, y no vi inconveniente en ello.

—¿No? ¡Pues yo sí veo inconveniente! ¡Quiero que busque ahora mismo a ese par de asquerosos, y que me traiga de las orejas a Ángel!

—No va a ser fácil encontrarlo, Majestad.

—¿Cómo que no? Este palacio no es el de Buckingham, ¿verdad?

—No es sólo el palacio, Majestad. Está el pabellón de los servidores que no duermen en palacio, el cuartel de los soldados, las cuadras, el propio bosque... Necesitaría a todos los soldados para encontrarlos, y, francamente, dadas las circunstancias me atrevo a rogarle que tenga usted un poco de paciencia hasta mañana.

Amalia Lucientes frunció el ceño y alzó la barbilla.

—Retírese-ordenó.

Y cerró la puerta mientras Strauss estaba todavía inclinando la cabeza. Strauss no terminó el gesto al oír el golpe de la puerta. Se quedó mirando ésta, sonrió sarcástico, y se dirigió hacia la escalera. Bajó al vestíbulo, donde la calma reinaba de nuevo, y enfiló el pasillo que conducía hacia los dormitorios de los sirvientes permanentes de palacio y la cocina. Entró en uno de estos dormitorios, que estaba vacío, cerró cuidadosamente tras él, y se acercó al armario, cuya puerta abrió. Se metió dentro..., y la cabina ascensor se puso en funcionamiento hacia el sótano.

Dos minutos más tarde entraba en uno de los aposentos de éste, una celda con paredes de piedra y sin ventana alguna. En una de las paredes se veían argollas metálicas que culminaban las cadenas sujetas a la pared. Ángel Tomás yacía sobre el puro suelo, dormido al parecer. Cerca de él estaban Van Berg, André y Luther, impacientes. También estaba Brigitte, que miró interrogante a Dieter Strauss. Este sonrió secamente.

—La reina Amalia está celosa —dijo—. Se diría que se ha enamorado de verdad de su paje.

—No me sorprende —sonrió Brigitte—. ¿Qué vamos a hacer con él?

—Oficialmente, por la mañana se descubrirá que tú y él habéis conseguido fugaros de palacio juntos, de modo que, mientras permanezca aquí la actual tanda de invitados no debes dejarte ver.

—Pues la reina Amalia se va a llevar un buen berrinche —rió Brigitte.

—Ya se le pasará. ¿No hay modo de despertarlo?

—No creo que tarde mucho en hacerlo por sí mismo; Bebió muy poco vino... Le hizo un efecto fulminante. Incluso se le cayó el, vaso y se rompió. Tuve que limpiarlo todo, como pude, y recoger los trozos.

—Bueno —gruñó André—, ¿cuándo empezamos, con él?

—Esperaremos a que despierte —dijo Dieter—. Sujetadlo a esas cadenas y subid a buscar al británico. Con cuidado. Tú quédate aquí, Brigitte, por el momento.

Los cuatro hombres salieron, tras dejar encadenado a Ángel Tomás, que comenzaba a farfullar algo, colgando ahora de las cadenas, metidas sus muñecas en las argollas. Brigitte se acercó a él, le agarró por los cabellos, alzando su cabeza, y se quedó mirando sus enérgicas facciones bronceadas. Le besó larga y suavemente en los labios, y luego sonrió.

—No entiendo qué han podido ver de peligroso en ti, con lo simpático que eres...

Dieter entraba en aquel momento en el cuarto de controles, donde la mayoría de las pantallas estaban encendidas. De pie ante ellas estaba Luis XXV, observando diversas escenas, algunas realmente chocantes, como la de un «monarca» en pantalón de pijama haciendo flexiones gimnásticas mientras, desnuda en la cama, una de las damas de compañía le observaba irónicamente. Algunos de los monarcas tenían dos chicas en la cama. En otras habitaciones, la luz había sido apagada, pero se oían risas y jadeos. En una habitación, sobre el gran lecho, alborotaban cuatro chicas con dos monarcas. La mirada de Dieter fue directa hacia la pantalla que recogía las imágenes de la cámara de Amalia Lucientes. Esta se hallaba ahora en camisita de dormir, sentada en una butaquita, fumando pensativa, sombría.

—¿Algo especial? —preguntó Dieter.

—Nada, salvo las marranadas de esa gente —le miró Luis XXV, de nuevo sin la engorrosa peluca de abundantes rizos—. Sé que es una tontería, pero no me gustan los homosexuales.

Strauss miró brevemente hacia la pantalla que señalaba Su Majestad, vio a los tres monarcas que no se entretenían con chicas, sino entre sí, y encogió los hombros. Localizó a Raymond Favre con una dama de compañía. Franz Rundstein, desnudo, estaba ya en funciones con una de las damas de compañía, alta, sonrosada, hermosa, de abundante cabellera rubia. Vallance Cornell estaba solo, de pie ante la ventana,

todavía vestido, fumando muy pensativo.

—De todos modos —murmuró Luis XXV—, si realmente es un agente británico podría ser un error meternos con él. Quizá sería más práctico seguir el juego, que se convenciera de que esto es una jaula de locos, y que se fuera a su debido tiempo. Los tacaños jefes del MI6 se habrán gastado cien mil dólares, y asunto terminado.

—Lo considero un error, Luis —dijo suavemente Dieter—. Ese hombre ha sido movilizadado para obtener conclusiones sobre Royaume d'Azur, y yo quiero saber qué ha ocurrido, qué hemos podido hacer mal para que el espionaje británico se fije en nosotros...

—Bien, quizá tengas razón.

En aquel momento se oía la llamada a la puerta de Vallance Cornell. Este volvió la cabeza, frunció el ceño, titubeó... Finalmente, fue a abrir. André, Van Berg y Luther entraron en el aposento de Cornell, al que no dieron tiempo a decir nada. El británico había quedado inmóvil al ver las armas en las manos de los tres, y cuando quiso reaccionar Van Berg le disparó un escalofriante patadón a los testículos. Cornell retrocedió vivamente al tiempo que juntaba los muslos, en los que recibió el puntapié, que le hizo tambalear. En el sótano resonó la maldición de Van Berg. Luther y André cargaron contra el británico, pistolas en alto, dispuestos a terminar rápidamente la pelea, pero el espía no era presa fácil. Alcanzó con un puntapié a Luther en una cadera, casi derribándolo, y de un golpe de revés envió retrocediendo a André hacia la puerta, con un labio partido.

Van Berg disparó otro puntapié, que, sin alcanzar tampoco de lleno su objetivo sí hizo más daño que el anterior, y casi derribó al británico. Luther le zancadilleó, Cornell terminó de caer, y André, maldiciendo, le aplicó un feroz punterazo en el hígado que dejó sin respiración al espía. Otro puntapié, ahora en una sien, y aplicado por Van Berg, le privó del conocimiento. Fin.

—¡Esos tres inútiles...! —masculló Dieter—. ¡Tres hombres y se las ven apuradas para dominar a uno solo! Lo mismo les pasó con Tomás, aunque con éste salieron peor librados.

—¿Significa eso que Ángel Tomás es más peligroso que Cornell? —preguntó Luis XXV.

—Evidentemente. No me gusta esto, Luis. Hasta ahora ha estado saliendo muy bien, pero las cosas empiezan a complicarse. Y si quieres que te diga la verdad, tampoco me gusta nada la reina Amalia.

—Es una mujer muy inteligente —murmuró Su Majestad, mirándola en la pantalla, dispuesta a acostarse—. Nos será muy útil en Venezuela.

Amalia Lucientes había apagado la luz, así que dejaron de interesarse por ella. La pantalla estaba negra. Dedicaron de nuevo su atención al aposento de Vallance Cornell, al cual estaban metiendo en la gran cesta

que antes habían dejado en el pasillo. Ya la cesta cargada, los tres salieron con ella del aposento. La pantalla de éste fue apagada. No había nada más que ver allí. Dieter echó un vistazo al resto de las pantallas. Nada que destacar: los reyes y las damas de compañía se divertían, cada cual a su manera.

—¿Vienes, Luis? —propuso.

—No —rechazó Su Majestad—. No me atrae verte trabajando. Me retiro a descansar, y por favor, no me molestéis esta noche.

—De acuerdo. Hasta mañana.

Salieron los dos del cuarto de controles, y mientras Luis XXV tomaba su ascensor privado para subir a su aposento, Dieter entró en la celda. Ángel Tomás estaba casi completamente despierto. Lo miró mortecinamente, parpadeó, sacudió la cabeza, y volvió a mirarlo. Luego, miró a Brigitte, y acto seguido pareció darse cuenta de su situación, encadenado a la pared.

—Pero... ¿qué demonios...? —tartajeó.

—No te preocupes —le sonrió Brigitte—, estás en buenas manos.

Ángel la miró, recapacitó sombríamente, y luego masculló:

—Maldita seas... ¡Me narcotizaste con el vino, so...!

—Es que quería traerte aquí para tenerte solo para mí —rió la preciosa azafata—. ¡Tu reina es tan celosa y tiene tan mal genio! Además, Dieter quería hablar privadamente contigo, ¿verdad, Dieter?

—Así es, monsieur Tomás —asintió Strauss—. Tengo mucho interés en saber qué es realmente usted y qué buscaba realmente por el palacio. Ahora podemos conversar tranquilamente sobre eso.

—¿Tranquilamente? —masculló Ángel—. ¡Me tiene encadenado como a una bestia y dice que tranquilamente...! ¡Váyase al demonio! Y si quiere saber lo que estaba buscando, pues es muy fácil: la buscaba a ella, a Brigitte.

—Sí —suspiró la rubita encantadora—, eso es lo que me dijo.

—Se pueden decir muchas cosas —rechazó Dieter.

—Vamos, no seas terco —dijo la muchacha—. Monsieur Tomás tenía la perspectiva de pasar la noche con la reina Amalia o conmigo. ¿Tan absurdo te parece que me prefiriese a mí?

—Se había pasado la tarde haciendo el amor a la reina Amalia.

—¡Más razón para desquitarse conmigo del mal rato pasado! —rió la azafata.

La puerta se abrió, y apareció André, que dirigió una rencorosa mirada a Ángel Tomás, pero enseguida se dirigió a Strauss:

—Ahí lo tienes, Dieter. ¿Nos quedamos nosotros con éste?

—Claro que no —saltó Brigitte—. Con monsieur Tomás voy a quedarme yo toda la noche, y no quiero veros por aquí. ¡Dieter, por favor, déjame con él aunque sólo sea esta noche! Ocupate ahora del

otro, y mañana de monsieur Tomás.

Ángel miraba de una a otro, pasando por los tres irritados matones a los que había ridiculizado en los servicios del aeropuerto de Orly, y que evidentemente le tenían muchas ganas. Dieter titubeaba. Por fin, asintió, y se dirigió hacia la puerta, empujando hacia fuera a los enfurruñados matones. Se volvió.

—Ten cuidado con él, Brigitte.

—Claro que sí —sonrió la lindísima azafata.

La puerta se cerró. Brigitte miró dulcísimamente a Ángel.

—¿Estás contento? —se interesó—. Querías encontrarme, y ya estamos juntos. Espero que seas cariñoso con tu Brigitte, pues me debes la vida... Si no hubiera sido por mí, mi hermano te habría matado esta misma noche.

—¿Dieter es tu hermano?

—Cierto. ¡Siempre ha sido tan complaciente conmigo...! Sabe que me he encaprichado de ti, y, como siempre, me complace.

—No entiendo bien qué te propones, Brigitte.

—Oh, qué tonto eres —ella se le abrazó, mimosa—. ¡Pasar la noche contigo, mi amor! Lo vamos a pasar divinamente. ¡Sobre todo yo, que nunca había hecho el amor con un precioso animal como tú encadenado! ¿Verdad que vas a ser muy cariñoso con tu Brigitte...?

Capítulo VII

EL puñetazo partió la nariz de Vallance Cornell, provocándole un chorro de sangre que cayó sobre su ya magullado pecho. Los ojos del británico parecieron cubrirse de un velo, y su cabeza colgó flojamente. Dieter retrocedió, frotándose el puño utilizado.

—Reanimadlo —ordenó.

Vallance Cornell fue sacudido y abofeteado hasta que sus ojos se abrieron de nuevo. Su mirada vagó como apagada por la celda, se animó súbitamente, apareció la expresión del recuerdo, acto seguido de la alarma, y se posó finalmente en Dieter Strauss.

—Vamos a proseguir, Cornell —dijo Dieter—, pero ya me aburre y me cansa pegarle con las manos, de modo que recurriremos a otros procedimientos. Es usted el tipo más absurdamente cretino que he conocido jamás. Sabemos que es un agente del espionaje británico que se ha colado en esto haciéndose pasar por un potentado. Y sabemos también que usted, hablará tarde o temprano. Eso lo sabe incluso usted mismo. ¿De acuerdo?

Vallance Cornell sorbió por la nariz, y luego lanzó un escupitajo, de sangre, suspirando profundamente a continuación.

—Está bien —susurró—. Sé que van a matarme, de todos modos, así que voy a darme el gusto de meterles el miedo en el cuerpo. Sí, soy del servicio secreto británico, y todo eso que han dicho.

—Empezamos a entendernos —asintió Dieter—. ¿Por qué se ha fijado el servicio secreto británico en nosotros?

—Porque supimos que algunos de nuestros más ricos ciudadanos habían estado aquí, y precisamente esos hombres estaban relacionándose unos con otros tras su estancia en este lugar, y no sólo eso, sino buscando relaciones con personajes de cierto nivel en el Reino Unido.

Dieter Strauss quedó sumido en sombrío silencio unos segundos antes de preguntar:

—¿Y qué más saben ustedes?

—Nada más. Teníamos dos opciones. Una de ellas era sondear a los hombres que estuvieron aquí, pero nos pareció poco conveniente, pues los pondríamos sobre aviso, de un modo u otro. La otra opción era saber qué habían estado haciendo aquí y por qué al marcharse se reunían con

frecuencia y buscaban relaciones importantes en la política y la milicia.

—Y para averiguar todo eso el MI 6 le convirtió a usted en un potentado y le envió a Royaume d'Azur.

—Sí.

—¿Eso es todo?

—¿Le parece poco? —sonrió con fea mueca Cornell—. Ellos saben que estoy aquí, y esperan en breve mis informes. Puede estar seguro de que si no los tienen, si yo no regreso, este... palacio va a comenzar a sufrir muy serios contratiempos. Con el servicio secreto de Su Majestad no se juega, amigo.

—Tampoco se juega con la policía secreta de Su Majestad Luis XXV, se lo aseguro —sonrió siniestramente Dieter—. Aquí tenemos recursos para todo, señor Cornell. Por ejemplo, estamos preparados para arreglarlo todo de modo que todo el mundo esté convencido de que usted se marchó de palacio por la mañana. Mucha gente le verá a usted partir. Es decir, no será usted, pero parecerá usted. De modo que cuando sus compañeros hagan averiguaciones no tendrán nada contra nosotros. Tal vez insistan, pero sabemos parecer tontos de remate. En cuanto a la posibilidad de que sondeen a nuestros anteriores invitados, no nos preocupa demasiado: ellos, por la cuenta que les tiene, dirán que estuvieron aquí para divertirse, y ahí terminará todo.

—Pero no estuvieron aquí para divertirse, ¿verdad?

Dieter Strauss volvió a sonreír siniestramente, dio la vuelta, y se dirigió hacia la puerta de la celda, desde la cual se volvió a mirar al británico.

—Señor Cornell —dijo amablemente—, mañana, mientras todos estarán convencidos de que usted se ha marchado por motivos personales que no habrá explicado, usted estará aquí, en el Reino d'Azur. Y en verdad le digo que daría usted la vida por estar en cualquier otro lugar. No olvide estas palabras mías cuando llegue el momento de su última diversión. Adiós, señor Cornell.

* * *

—Es extraño que el señor Cornell no esté aquí —comentó Amalia:

—Ah, el señor Cornell —la miró amablemente Luis XXV—. Es cierto, él se va esta misma mañana. Parece que ha pasado la noche un tanto indispuerto, y ha decidido regresar a Londres. Me lo dijo Duvalier antes de salir de palacio.

—Lo siento. ¿Qué le ocurre?

—No creo que sea nada grave. Naturalmente, le ofrecimos los servicios médicos de palacio, pero dijo que prefería regresar a Londres, de modo que he dispuesto que sea llevado en uno de mis helicópteros al

aeropuerto de Niza, donde tomará un avión para Londres... ¡Ya van a empezar!

Amalia miró hacia la explanada donde estaba instalada la guillotina. Había estado hablando con Luis XXV mientras sonaba el redoble de los tambores y se acercaba la carreta, que conducía a los seis soldados revoltosos, que llegaban con las manos atadas a la espalda y cubiertas sus cabezas por blancas capuchas. Por entre los pinos se filtraban los rayos del sol, todavía bajos, pues apenas hacía una hora que había amanecido. Demasiado temprano para que tras una noche agitada todos los «monarcas» estuviesen allí para presenciar la ejecución. Pero había no menos de quince. También había algunas damas, con la cabellera todavía alborotada.

Y soldados, muchos soldados, algunos de la guardia de palacio, con calzón y lanza, y otros de los armados con armas de fuego, que patrullaban formando un amplio círculo alrededor del cadalso.

Los invitados a la ejecución habían acudido a pie la mayoría, algunos otros en automóvil, y, en cuanto a la reina Amalia y a Su Majestad Luis XXV lo habían hecho en la carroza real de este último, tirada por dos magníficos caballos blancos adornados de azul. Lucía un día espléndido, y el lugar habría resultado encantador de no ser por la presencia de la guillotina y de la pandilla de chiflados que la rodeaban. Porque... ¿de qué otra manera se les podía considerar a todos sino como a chiflados?

—Supongo —dijo Amalia, siguiendo el juego— que no les van a cortar de verdad la cabeza.

Luis XXV soltó una carcajada.

—¡Por supuesto que sí! Atentaron contra mi real vida, de modo que van a ser ejecutados. Podrá ver con sus propios ojos cómo cada una de esas cabezas es cercenada y cae en su correspondiente cesto.

—De acuerdo —sonrió Amalia—, pero... ¿cuál es el truco, Luis?

Este le palmeó afectuosamente una mano.

—¿No prefiere vivir simplemente la emoción del momento? La verdad casi siempre es decepcionante.

—Tal vez tenga razón —sonrió Amalia—. Bien, veamos cómo son guillotinaados esos rufianes.

Luis XXV volvió a reír. Los soldados de calzón y lanza estaban empujando a golpes de lanza a los seis prisioneros fuera de la carreta. Uno de ellos, sofocado por la capucha, cayó de rodillas, y comenzó a aullar pidiendo piedad, pero sus súplicas fueron desoídas, y, como los demás, fueron empujados hacia el cadalso. Otro arremetió contra los soldados, en silencio, empleando una fuerza rebosante de furia o desesperación, pero fue derribado a golpes de lanza, pateado, y arrastrado...

A medida que se iban acercando más a la carroza desde la cual

asistía al espectáculo, Amalia fue viendo mejor la situación. Terminó por reír quedamente.

—Me parece que ya sé cómo lo hacen —dijo.

—¿Sí? —la miró Luis XXV—. ¿Cómo?

—Creo que todos llevan la capucha esa tan grande para ocultar que encima de su cabeza llevan otra, posiblemente de cartón o de cualquier otro material, que es la que la guillotina cortará.

—Es usted extraordinariamente perspicaz —elogió Luis XXV—. Y su vista, excelente, sin duda. En efecto, eso hacemos.

—Bueno, se diría que es todo un show, ¿no?

—Cierto, un show —rió de nuevo Luis XXV—. A los invitados les encanta especialmente la escena de la rebelión, los gritos de ¡muera el rey!, y la pelea en el salón. Tengo en palacio verdaderos especialistas en simular una ferocísima lucha. Y le aseguro que la mayoría de los invitados no se dan cuenta de que todo es un espectáculo organizado. Claro está, después de la ejecución, se les muestran las cabezas de cartón con pequeños depósitos de tinta roja para que no crean que han asistido a un asesinato en masa. Bien está la diversión, pero no hay que exagerar.

—Pero todo esto... ¿por qué?

—Ssst —se llevó un dedo el monarca a los labios—. ¡Las ejecuciones van a comenzar!

Habían colocado ya a uno de los reos en la guillotina, y los tambores redoblaban con más rapidez y potencia. El verdugo, un sujeto enorme que ocultaba su rostro con una capucha negra, hizo bajar la guillotina, y la primera cabeza cayó en el cesto. Entre los invitados hubo exclamaciones de horror, pero también algunas risas...

—Hay un favor que quisiera pedirle, Luis —dijo de pronto Amalia.

—Estoy seguro de que me encantará concedérselo. ¿De qué se trata?

—De mi paje. Bueno, de Ángel Tomás. Creo que ha pasado la noche con una de sus empleadas, no sé dónde. Eso me tiene muy disgustada, y me gustaría que no volviese a ocurrir.

—¿Significa que realmente siente usted interés por ese hombre?

—Actualmente, sí. Quizá dentro de una semana me haya cansado de él, pero ahora me interesa..., y cuando algo me interesa me gusta tenerlo.

Luis XXV la miró lentamente, y asintió con gesto aprobativo.

—Bien... Bien. Me ocuparé de eso. Espero que sienta interés por algo más interesante que los hombres, querida.

—Oh, por supuesto. Bueno, me gustan los hombres hermosos —rió quedamente—, aunque siempre tengo que comprarlos. Y ésa es la otra parte de la cuestión: me gusta la riqueza y el poder que me permite precisamente comprarme hombres hermosos.

—¿Le gusta la riqueza y el poder? ¿Por qué?

—¿Sabe usted de algo mejor?

—No —sonrió Luis XXV, volviendo a palmearle una mano—. ¿Aceptaría desayunar luego conmigo en mi aposento? Quiero hablarle de algo importante, y no tiene objeto esperar más.

—Estaré encantada. ¡Ya rueda otra cabeza!

Volvieron a sonar gritos y risas. Amalia vio por un lado de la ventanilla a Dieter Strauss, que permanecía algo alejado, conversando ahora con dos de los soldados de armas de fuego, que se retiraron hacia el exterior del círculo del bosque. Al que no veía por parte alguna era a Duvalier. Debía estar con Vallance Cornell, preparando la marcha de éste. Aunque... ¿realmente se iba a marchar el británico? ¿Realmente se encontraba indispuerto?

Amalia Lucientes reflexionó sobre esto. ¿Y si a Vallance Cornell le había ocurrido algo? Quizá lo tenían prisionero... En el palacio debía haber sótanos, naturalmente. Una bodega más o menos grande, como en tantas y tantas villas de importancia. Si no veía marchar a Cornell a su regreso al palacio se interesaría por él a fondo...

Los seis reos fueron «decapitados», y, tras la última ejecución, Dieter Strauss se acercó al cadalso, metió las manos dentro de la cesta, y sacó una de las cabezas, que exhibió en alto, chorreando «sangre». Luego, la tiró hacia los monarcas presentes, que retrocedieron gritando. Pero muy pronto uno de ellos agarró la cabeza, le quitó la capucha, y gritó:

—¿Qué les decía? ¡Es de cartón!

Dos de los soldados decapitados se pusieron en pie, y sacaron su verdadera cabeza por el corte de la capucha, riendo. En la explanada comenzaron a oírse comentarios de todas clases. Luis XXV, que empuñaba un regio bastón con empuñadura de oro, golpeó el techo de su carroza, y ésta se puso en marcha, de regreso a palacio.

—Empiezo a estar aburrido de todo, esto —dijo el monarca—, pero en ocasiones todavía me divierto. Dígame, Amalia: ¿cuánto dinero tiene usted?

—¿Tengo que decirlo? —lo miró maliciosamente ella.

—Si desea colocarse en una situación de auténtico privilegio, sí.

—Bueno, creo que tengo algo más de setenta millones de dólares.

—No está mal.

—¿No está mal? —exclamó ella—. ¡Con ese dinero puedo conseguir todo lo que quiera de este mundo!

—Yo puedo proporcionarle algo que no le proporcionará nunca el simple dinero: verdadero poder.

—¿Qué clase de poder?

—Bien...¿Qué le parecería a usted, por ejemplo, ser la reina de Venezuela?

—Muy poca cosa; ya soy reina de Toda América, recuerde.

Luis XXV la miró, se echó a reír una vez más, y dijo:

—Estoy hablando de ser reina de verdad. Aunque en condiciones un tanto especiales.

—¿Qué condiciones?

—¿Le gustaría desayunar café con leche y brioche? ¿O prefiere tal vez chocolate?

—No, qué horror, ¡chocolate! No, no. Ni café con leche. Tomaré café y unas tostadas. ¿Qué condiciones?

Afuera se oyó, todavía un poco lejano, un rumor. Luis XXV asomó la cabeza por la ventanilla, miró hacia el cielo, y dijo:

—Uno de mis helicópteros está evolucionando. Supongo que es el que debe transportar al señor Cornell al aeropuerto.

En aquel momento, los automóviles utilizados por los invitados a la ejecución pasaban junto a la carroza, haciendo sonar los claxons. Desde los coches les llegaron risas y saludos mientras eran adelantados rápidamente. Su Majestad hizo un gesto de fastidio, y subió los cristales de la ventanilla, para protegerse del polvo alzado por los automóviles. Al cesar el rumor de éstos tampoco se oía ya el del helicóptero.

Poco después, Luis XXV y la reina Amalia descendían del carruaje ante la escalinata del palacio, donde esperaban algunos de los invitados, entre ellos Franz Rundstein y Raymond Favre, que se adelantaron al encuentro de Su Majestad.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rundstein—. Hemos visto a Vallance Cornell subir a ese helicóptero y marcharse, con su equipaje. ¿Qué ha pasado?

—El señor Cornell no se encuentra bien, y ha decidido regresar a Londres —explicó pacientemente Luis XXV—. Duvalier les dará a ustedes las explicaciones que deseen. Señor Rundstein, me gustaría hablar con usted más tarde.

—Está bien. Bueno, ¿qué sigue ahora? —sonrió el alemán.

—Voy a rogarles que prescindan de mí hasta media mañana. Mientras tanto, Duvalier les atenderá en todo. Pueden jugar al tenis, al golf, nadar, divertirse como más les complazca. Luego me reuniré con todos.

Se dirigió hacia la entrada, llevando de un brazo a Amalia. Un minuto más tarde ambos entraban en el aposento real, donde esperaban dos criados que atendieron las instrucciones de Luis XXV respecto al desayuno para él y para la reina Amalia.

Tan sólo cinco minutos más tarde, los criados regresaron con el desayuno, y acompañados de Dieter Strauss, que tras parpadear un poco desconcertado se quedó mirando a Amalia, y luego miró lentamente a Luis XXV.

—¿Querías algo, Dieter? —preguntó el monarca.

—Venía a consultarle respecto a las decisiones sobre lo de anoche, Majestad.

—Oh, sí, entiendo. Luego hablaremos de eso. Ven a verme cuándo la señorita Lucientes se vaya. Espero que el señor Tomás esté bien.

—Sí —frunció el ceño Dieter—, está bien.

—Espléndido. Por el momento deja las cosas como están, y entra cuando se vaya la señorita Lucientes... Entiendo que lo del señor Cornell está solucionado.

—Por completo. É se fue.

Luis XXV asintió, e hizo un gesto de despedida. Strauss miró de nuevo con cierta especulación a Amalia, y abandonó el aposento. Luis XXV acercó una silla tapizada a la mesita donde esperaba el desayuno, y Amalia se sentó. Él lo hizo delante, pareció recordar algo de pronto, y, sonriendo, se quitó la peluca, que tiró sobre un sofá. Se echó a reír al ver la expresión de pasmo de la venezolana.

—Bueno —dijo entre risas—, ¿no creería usted que semejante cabellera era mía natural, Amalia!

—Pues... Bueno, no, pero tampoco esperaba que fuese usted calvo.

—Cosas de la vida —suspiró Luis XXV—. Soy todavía joven, fuerte, me parece que atractivo, inteligente..., pero soy calvo. Como suele decirse, no se puede tener todo en la vida.

—¿Ni siquiera siendo reina de Venezuela? —sonrió Amalia.

—Ah, ésa es otra cuestión. Pero, en fin, aunque usted llegara a ser reina auténtica de Venezuela y tuviera todo el poder que eso conlleva seguiría siendo... Bueno, no deseo en modo alguno molestarla...

—¿Fea? —murmuró Amalia.

—Señorita Lucientes —dijo Luis XXV, sirviéndole café en una delicada taza de porcelana—, a mí me gustan las personas objetivas, que aceptan la verdad, las cosas tal como son. Yo soy calvo. ¿Es usted bonita?

—Me temo que no —dijo Amalia, tras una crispación de labios—. Pero había pensado operarme la nariz, quitarme la cicatriz..., y creo que en Estados Unidos podrán, por fin, arreglarme un poco la dentadura.

—Circunstancias periféricas —deslizó amablemente él monarca—. De todos modos, comprendo sus deseos. Mientras tanto, hablemos de temas verdaderamente serios... Oh, perdón: ¿azúcar?

—Sí, gracias. Pese al peligro de la obesidad, me gusta el azúcar.

—Yo diría que usted no corre semejante riesgo. Tiene un cuerpo verdaderamente espléndido.

—¿Cómo lo sabe usted? —alzó vivamente la cabeza Amalia.

—Yo puedo saber muchas cosas de mis invitados en menos de medio minuto. Todo lo que tengo que hacer es bajar a los controles desde aquí

mismo. Pero hablaremos de eso luego, cuando, no me cabe duda, nos hayamos entendido en líneas generales.

—Pero... ¿me ha visto desnuda?

—Así es —sonrió Luis XXV—, y debo decir que su cuerpo es toda una tentación. Bien; ¿está dispuesta a escucharme muy atentamente?

—Desde luego —asintió Amalia, muy abiertos los ojos.

Capítulo VIII

LUIS XXV tomó un brioche, y lo mojó con evidente satisfacción en el café con leche. Lo mordió, entornó los párpados, y suspiró satisfecho.

—Nosotros —dijo de pronto— tenemos organizado aquí, en Royaume d'Azur, una especie de... nido de reyes. Pero claro está, puesto que ahora estamos hablando en serio, debo decir que no son reyes tal como los entiende la gente. Sin embargo, su poder es superior al de los auténticos reyes. Digamos que los colocamos en los lugares decisorios de cada país, sea como sea.

—¿Qué quiere decir eso de sea como sea?

—Utilizando los medios que sean necesarios. Mire, como comprenderá este lugar es conocido por las autoridades francesas. Estamos en Francia, querida. Las autoridades saben que existe Royaume d'Azur, pero, para ellos, esto no es más que la quinta de un... extravagante y espabilado sujeto que gana un buen dinero invitando a personas que buscan diversiones poco usuales. Hay infinidad de villas en Francia, que tienen nombres más o menos caprichosos. Pues bien, yo le he puesto a mi villa el nombre de Royaume d'Azur, recibo invitados que les gusta lo absurdo, ellos se divierten, y yo gano dinero, en mi villa disfrazada de palacio. Hemos tenido aquí algunas inspecciones gubernamentales, y lo han encontrado todo muy divertido.

—Pero ¿no lo es?

—Ni mucho menos. Hacemos toda una pantomima desquiciada, ó, como usted muy bien dijo antes, un show. Delirante. Pero divertido para algunos, remunerador para mí..., y satisfactorio para mis jefes.

—¿Sus jefes? Creí que usted era...

—No, no, no, querida, no. Yo soy propietario de este lugar, y hasta hace sólo unos meses estaba prácticamente arruinado. Entonces, alguien vino a proponerme todo esto del Reino de Azul..., y acepté. En la actualidad soy multimillonario, y, para ser sincero, me encanta sobremanera la situación actual y lo que estoy haciendo.

—¿Y qué está haciendo... realmente?

—Estoy proporcionando reyes secretos a un importantísimo servicio de espionaje mundial. Se lo explicaré. Aquí vienen solamente potentados, gente que de por sí tiene mucho poder económico. Pero, querida mía, la ambición humana, y perdone la vulgaridad, no tiene

límites. Cuanto más tienen, más quieren. Sobre todo, poder. Y nosotros ofrecemos ese poder. El proceso es el siguiente, tomándola a usted como ejemplo: usted viene aquí, nosotros la estudiamos, y, si nos parece persona idónea, le haremos la proposición, como está ocurriendo en este momento. ¿Y cuál es la proposición? Pues, que usted, y otras personas como usted de Venezuela, se pongan a mi servicio...

—¿Al suyo... o al de ese servicio de espionaje?

—Oh, se entiende que si yo estoy al servicio de ellos todo cuanto yo dirijo es bajo las consignas que recibo de ellos, naturalmente. Pero volvamos a usted. Yo le propongo ser reina de Venezuela. ¿Y cómo la convierto a usted en reina? Pues poniéndola en contacto con otras personas poderosas como usted en Venezuela que también tienen una gran ambición de poder..., aunque sea oculto. Con usted, y con otras personas como usted, formamos un... núcleo de mando secreto en Venezuela. Ese núcleo está compuesto por personas de alto nivel que a su vez tienen contactos adecuados. Pero, supongamos que en estos momentos no hay en Venezuela los contactos que precisamos, porque su presidente o las personas que le apoyan no son las adecuadas. Entonces, se las... elimina, se pone la persona adecuada en cada lugar, y ésa gobierna bajo las indicaciones del núcleo que a su vez obedece órdenes mías. Es decir, que mientras el mundo puede estar creyendo que el presidente de Venezuela está gobernando personalmente, lo que ocurre es que sólo es una marioneta de usted, y por tanto, mía. Así, unas pocas personas como usted, simplemente, hacen lo que quieren en Venezuela...

—O sea, lo que quieren los jefes de usted.

—Oh, en líneas generales, sí, pero por lo demás, ustedes, ese núcleo, pueden controlar el país a su antojo. Por ejemplo, ese estúpido asunto representado por el señor Tomás respecto a investigarla a usted sobre fuga de divisas... Usted, simplemente, se entrevista con el presidente-marioneta, o le envía un recado: oye, que no me molesten esos cretinos con investigaciones sobre mi dinero. Y, en el acto, la investigación cesa. ¿Que tiene usted alguna persona entre ojos, o algún rival en el negocio del petróleo, o algún capricho especial; por extraordinario que sea...? Puede conseguirlo en cuanto lo desee. Y siempre, sin que nadie conozca ese tremendo poder de usted. En definitiva, querida mía, si la ponemos a usted como reina de Venezuela será la auténtica..., pero secreta reina del país, juntó con algunos hombres-reyes ya aleccionados que disfrutarán con usted dé todo el poder que quieran.

—Y eso, aunque sea a costa de asesinar al actual presidente.

—Eso está en estudio. Y se hará en el momento oportuno. Claro que a veces recurrimos a medios más... sutiles, como hacerlo caer en desgracia, colocarlo en situaciones límite que le obligan a dimitir, cosas así. Pero las sutilezas, en líneas generales, sólo las utilizamos con países

poderosos o demasiado grandes. Comprenderá usted que no es tan fácil controlar Estados Unidos por el simple, complicado en realidad, procedimiento de eliminar al señor presidente. No. Cuando el país en cuestión es grande y cuenta con muchos recursos policiales o de riquezas, somos sutiles. En cambio, con un pequeño, país somos más radicales. Imaginémonos un pequeño país como... Honduras, por ejemplo. Allá no nos andamos con pamplinas: organizamos una revuelta armada, por supuesto financiada en todos sus puntos con los futuros reyes de Honduras, liquidamos a quien convenga, ponemos a quien sabemos que va a servirnos como cabeza de turco, y establecemos allá un núcleo de mando y poder secreto. Y ya tenemos a Honduras bajo nuestro control. Y lo mismo cualquiera de esos países africanos; se monta una revuelta, y asunto liquidado. En cambio, con Suecia, debemos ser muy sutiles. Y lo somos.

—¿Quiere decir que en Suecia ya tienen su núcleo de reyes, su núcleo de poder secreto?

—Tal vez —sonrió Luis XXV—. La veo un poco impresionada, y eso me demuestra que ha entendido el asunto. Y la cosa llega más lejos. Si usted es colocada como reina de Venezuela, no sólo tendrá poder en su país, sino en el resto del mundo, porque, obviamente, nosotros fomentamos el buen entendimiento entre nuestros reyes en todos los países. Así, si usted precisara en un momento dado algo de... Japón, pongamos por caso, sólo tenía que pasarme el recado: Luis, querido, díles a nuestros reyes secretos de Japón que necesito tal o cual cosa. Lo que sea. Y yo advierto a nuestros reyes secretos de Japón que la reina de Venezuela precisa esto o lo otro, y es complacida. Y todo esto, sin que nadie en el mundo sepa nada. En resumen: cuando usted viene a darse cuenta resulta que dispone de un gran poder sobre el mundo entero. Puede hacer lo que quiera, desde conseguir hombres, ya que antes hablamos de eso, hasta provocar una guerra que le permita a usted adquirir los derechos de explotación petrolífera de ese país y convertirse en la mayor petrolera privada del mundo. ¿Puedo confiar en que lo ha entendido todo bien, querida Amalia?

—Sí, lo he entendido todo bien. Pero, Luis, en realidad yo no sería una de las reinas del mundo, sino ese servicio de espionaje.

—¿Y qué? Los intereses de ese servicio de espionaje y los personales de usted nunca chocarían, porque los intereses de usted siempre serían de un nivel personal, y los de ellos son de mucho más altos vuelos. Tanto, que usted no lo comprendería.

—No creo que sea tan difícil: simplemente, en cuanto ese servicio de espionaje dispusiera de tan absoluto control sobre los países con reyes y reinas... fabricados en Royaume d'Azur, todos esos países pasarían a ser marionetas suyos. Es decir, que en silencio, subrepticamente, ese servicio de espionaje estaría dirigiendo prácticamente todo el mundo.

—Sí —parpadeó Luis XXV—, sí, ésa es la idea, en efecto. Pero, querida, apenas está usted probando el desayuno. ¿Le parece malo el café?

—¿Cuántos reyes secretos hay actualmente en el mundo?

—Oh, muchísimos —rió el monarca—. ¡Tantos, que ya tengo que llevar un fichero para no perder el control! Es claro que la mayoría de invitados que vienen aquí son bobos inofensivos, que se divierten y se van. Pero, de cuando en cuando, vienen personas como usted, o como Franz Rundstein... Ésos nos interesan. Y usted será nuestra primera reina..., si acepta, por supuesto.

—Por supuesto. ¿A qué país pertenece ese servicio secreto que le da las órdenes a usted? ¿Rusia? ¿Estados Unidos? ¿China?

Un gesto de perplejidad apareció en el rostro de su Majestad.

—¿Me creará si le digo que no lo sé? Nos entrevistamos periódicamente, recibo instrucciones, paso el informe de los últimos días, y eso es todo. No, no sé quiénes son, pero sin duda deben pertenecer a algún país poderoso como los que usted ha citado.

—Sin duda.

—Bien..., ¿contamos con usted, Amalia?

—Sería una necesidad rechazar todo eso. Me asusta un poco, pero... la perspectiva es formidable. Puedo hacer lo que quiera, realmente: ordenar asesinatos, o guerras, o fraudes de toda clase..., y siempre, al mismo tiempo, estaré poniendo mi país, o cualquier otro, bajo el control de un servicio de espionaje cuyo país de origen dirigirá en la sombra todo el mundo.

—¿No le parece una idea formidable? —exclamó Luis XXV.

—Lo es. Supongo que una cosa así no puedo contársela a alguien como Ángel Tomás, por ejemplo.

—¡Claro que no!

—Claro. Y a propósito de Ángel, ¿cuándo podré verlo?

—Ahora mismo, si lo desea. Llamaré a Dieter para que la acompañe abajo desde aquí mismo, en la cabina...

—Yo misma hablaré con el señor Strauss —se puso en pie Amalia—: tengo que ir a mi aposento a buscar una cosa, así que lo veré ahí fuera, supongo. Regreso enseguida.

Luis XXV, que se había puesto en pie, ni siquiera tuvo tiempo de ofrecerse a acompañar a la señorita Lucientes, que se dirigió rápidamente hacia la puerta y salió al amplio pasillo. Efectivamente, Dieter Strauss estaba allí esperando, y miró siempre circunspecto a Amalia al verla aparecer tan decidida. Dejó de conversar con uno de los guardias de calzón y lanza, y se acercó a ella al captar su seña.

—¿Sí? —inquirió.

—Luis quiere que entre para que conversemos los tres.

—De acuerdo.

Ella entró primero, y Dieter lo hizo a un par de pasos, tranquilamente. Cerró la puerta..., y recibió en plenos testículos un bestial puntapié que lo dejó como convertido en piedra, los ojos fuera de las órbitas. Ni siquiera emitió un gemido, nada. Se quedó de piedra, eso fue todo. Amalia terminó de acercarse a él, lo contempló con curiosidad, y le descargó un golpe de apariencia suave en el cuello con el canto de la mano. Dieter Strauss se desplomó. Ella se arrodilló junto a él, le quitó la pistola, que empuñó con la mano derecha, y, asiendo a Strauss con la izquierda por la ropa del cuello, lo arrastró por el reluciente suelo por el recibidor y apareció así en el salón.

Aquí, sentado a la mesa, pero mirando con expectación hacia la puerta, estaba Luis XXV, que también pareció convertirse en piedra. Quedó tan atónito que Amalia no tuvo más remedio que sonreír. Le apuntó con la pistola.

—Tú, fantoche, ven aquí —ordenó.

Luis XXV parpadeó, eso fue todo. Amalia frunció el ceño, soltó a Strauss, y se le acercó. Le puso la pistola a un palmo del rostro.

—Ponte en pie, ve adonde está tu compinche, y amárralo con cordones de cortinas. Ahora. Y sin rechistar. Si haces cualquier gesto que me incomode te mataré, eso es todo. ¿Entendido?

Luis XXV se puso en pie, arrancó unos cordones de cortinas, y procedió a atar de pies y manos a Dieter Strauss. Amalia le ordenó por señas que se apartara, se acuclilló junto a Strauss, y se aseguró de que las ligaduras estaban a su gusto. Se irguió.

—Tienes dos opciones, Majestad —dijo fríamente—. Una, entregarme ahora mismo el fichero con los nombres de tus monarcas actuales. Dos: morir de un par de balazos en esa reluciente calva. ¿Cuál eliges?

—¿Quién es usted? —susurró Luis XXV.

Amalia Lucientes no contestó. Lo que hizo fue apretar los labios y apuntar la pistola a la frente del monarca. Este respingó, y extendió las manos. Estaba lívido.

—No, no —jadeó—. ¡Le entregaré eso!

—Muy bien.

Se acercó Luis XXV a la gran librería del salón, apartó un grupo de libros, y quedó al descubierto la caja fuerte. De ella sacó lo que parecía una pitillera de oro, que tendió a Amalia. Esta le hizo señas para que la dejara sobre uno de los sillones, y que luego retrocediera. Se hizo cargo de la pitillera, la examinó atentamente, y por fin la abrió. Ciertamente, era una pitillera, pero no contenía cigarrillos, sino pequeños tubos de cristal dentro de los cuales había microfilmes cuidadosamente dispuestos. La pitillera desapareció en el escote de Amalia Lucientes.

Miró a Strauss, que comenzaba a moverse, se acercó a él, y le aplicó un punterazo en la sien. Dieter Strauss regresó al más profundo sueño, mientras Luis XXV miraba a cada instante con más sobresalto a la fea venezolana, que preguntó:

—¿Y Vallance Cornell? ¿Cuál es la verdad sobre él?

—Está muerto... Dieter lo colocó entre los revoltosos de anoche, retirando a uno de ellos, que ha vestido sus ropas y ha tomado el helicóptero en el momento en que regresaban los demás. Lo han visto de lejos, y han pensado que era Cornell.

—¿Lo habéis guillotinado? —palideció Amalia.

—A él sí, de verdad. Sí. Ahora deben estar enterrándolo para siempre en el bosque, bien hondo. Era un agente británico. Y usted..., usted también debe ser... algo parecido a Cornell.

—Llévame adonde está Ángel Tomás, vamos —movió la pistola Amalia—. Y si crees que soy una estúpida y manejable mujer date por muerto.

Luis XXV se dirigió hacia donde tenía camuflada la cabina, la hizo aparecer, y miró a Amalia, que le indicó que entrase. Ella lo hizo acto seguido, quedando ambos muy juntos. Luis pulsó el botón de descenso, y al poco llegaban al pasillo. No había nadie a la vista. El monarca abrió la puerta de la celda en la que se hallaba Ángel Tomás, y Amalia le empujó por delante de ella con la mano izquierda.

Dentro de la celda, Brigitte y Ángel, que yacían abrazados sobre una colchoneta, se volvieron vivamente. Amalia captó la escena, y exclamó:

—¡Esto no es justo! ¡Yo estoy corriendo riesgos y tú te dedicas a divertirte con esta zorra!

Brigitte había lanzado una exclamación, iniciando un movimiento para ponerse en pie, pero Ángel Tomás la retuvo junto a él, tranquilamente, y dijo:

—A menos que tú hayas conseguido algo positivo llegas en un momento inoportuno: me ha costado toda la noche convencer a Brigitte de que puedo ser el amor de su vida, y que finalmente me soltase. Ahora estaba explicándome todo el asunto..., y llegas tú a interrumpirnos.

—¡De modo que habéis hecho, el amor!

—Bueno, algo parecido. Ella estaba de lo más pegadiza..., pero sé casi todo sobre Royaume d'Azur.

—¡Pues yo lo sé todo! ¡Y sin necesidad de hacer porquerías! Tú, zorrita rubia, ven aquí.

Brigitte se puso lentamente en pie, todavía sin comprender, mirando a Luis XXV.

—Luis..., ¿qué pasa? ¿Qué significa esto? —preguntó.

—No lo sé. Pero es una mujer peligrosa, Brigitte.

—¡Maldito cobarde! ¿Cómo has dejado que ella te dominase! ¡No

eres más que un fantoche cobarde! ¡Espera a que ellos se enteren y verás...!

—Él es cobarde y tú eres tonta —dijo Amalia—; cuando ellos se enteren no quedará nada de lo que es actualmente Royaume d'Azur, y todo su plan se habrá arruinado, porque además de acabar con vosotros tengo los nombres de todos vuestros reyes, que serán... retirados amablemente de la circulación. Y ahora, ven aquí, te digo.

Brigitte miró sombríamente a Amalia Lucientes, y se acercó a ella, como una gata dispuesta a saltar. No tuvo tiempo. Recibió entré las ingles un puntapié que la dejó como a su hermano poco antes, y tan pálida que parecía muerta, los ojos fuera de las órbitas. Ángel Tomás se puso en pie, sujetó a la petrificada Brigitte, y la depositó en la colchoneta, como si fuese una figurilla frágil. Miró a Amalia.

—No tenías necesidad de ser tan cruel —dijo.

—Es lo menos que merece por haber estado contigo esta noche. Tengo la impresión de que en el futuro, si es que tiene futuro, no estará en condiciones de volver a divertirse de ese modo.

—Eso ha sido impropio de ti —insistió Ángel.

—¡Pues no me importa! Estaba celosa, es cierto... ¿Y por qué no podía estarlo? ¡Soy una mujer normal, y te amo!

—Mi amor, ya hemos hablado en otras ocasiones de esto: si alguno de los dos, por necesidades de trabajo, no tiene más remedio que hacer una cosa así, la hace y la olvida. No significa nada.

—¡Ya veríamos si pensarías igual si hubiera sido yo quien hubiera pasado la noche con este esperpento!

Ángel Tomás movió la cabeza, y miró a Luis XXV, quien a su vez miraba con expresión estupefacta de uno a otro a medida que hablaban. Ángel se acercó al monarca, mirándolo con curiosidad.

—Valió la pena dejarme drogar anoche, Majestad —dijo—. Sabía que no iban a matarme, sino a interrogarme, y que eso me facilitaría a mi vez enterarme de algunas cosas. En todo caso, si llegaba a encontrarme en un verdadero apuro no tenía la menor duda de que ella se las arreglaría para solucionar las cosas. Siempre es así: o ella o yo quedamos sueltos para seguir el trabajo. De modo que reyes secretos en todo el mundo, ¿eh?

Luis XXV no sabía qué hacer ni decir. Pareció que Ángel fuese a seguir hablando, pero Amalia le alertó:

—Ssst. Viene alguien.

Un instante más tarde la puerta de la celda volvía a abrirse, y entraban rápidamente André, Luther y Van Berg, con expresión animada, el primero sonriendo siniestramente.

—Bueno, espero que...

Captó la escena, y quedó mudo e inmóvil. Vio a Su Majestad sin

peluca, a Brigitte tendida en la colchoneta más muerta que viva, al prisionero suelto de las cadenas..., y la pistola con que les apuntaba la reina Amalia.

—¿Qué es lo que esperas? —preguntó Amalia.

—Yo te lo diré —se mostró comunicativo Ángel—; venían a exigir sus derechos.

—¿Qué derechos?

—Matarme a golpes después de que Brigitte se hubiera satisfecho toda la noche conmigo. Son muy rencorosos.

—Peor para ellos. Quítales las armas. Los dejaremos encerrados aquí mismo, con tu amor de una sola noche.

—¿No podrías olvidar eso? El trabajo es el trabajo.

Amalia Lucientes frunció el ceño, reflexionó, y por fin suspiró:

—De acuerdo, ya lo he olvidado. Ocupate de estos tres.

Ángel Tomás se acercó al terceto, cuyo desconcierto se había convertido en furia impotente. Por supuesto que llevaban sus armas, pero barruntaban que si intentaban tocarlas la reina Amalia les iba a demostrar que sabía manejar muy bien la que empuñaba ella. Así que, entre esto y la habilidad de Ángel Tomás para no darles ninguna oportunidad, los tres quedaron desarmados.

—Poneos en aquel rincón y estaos quietos —dijo Ángel—. Y usted también, Majestad. Les voy a decir un secreto: Amalia tiene muy mal genio..., pero una excelente puntería. Será mejor que se estén quietos aquí hasta mi regreso.

—¿Adónde vas? —preguntó Amalia.

—Brigitte me ha dicho que hay un cuarto de control dónde dos sujetos permanecen siempre de vigilancia. Voy a anularlos, para que no fastidien si luego en el exterior nos pusiéramos en evidencia y ellos lo vieran: darían la voz de alarma. Y otra cosa: nos vieron por la tarde en tu cámara.

—Son unos cerdos.

—Pero ni a ti ni a mí nos importa. Ya vuelvo.

Ángel Tomás salió de la celda, corrió el pasillo, y entró en el cuarto de control, donde los dos hombres tenían conectadas ahora sólo unos pocos dormitorios, pero extensas zonas del Reino de Azul, por las que además se veían patrullando soldados de armas de fuego. Los dos hombres volvieron la cabeza..., y se quedaron así, boquiabiertos, al ver a Ángel Tomás con una pistola en cada mano y otra metida en la cintura. No les dio tiempo a nada. Golpeó al de la derecha con la pistola en lo alto de la cabeza, y cuando el otro alzó velozmente las manos para proteger la suya, le dio un golpe lateral con la otra pistola en la base del cuello. En un instante, los dos hombres estuvieron fuera de combate, uno de ellos tendido en el suelo, el otro caído sobre la consola de

mandos. Ángel los agarró por la ropa del cuello, y los llevó a la vez a la celda donde esperaba Amalia y los demás personajes.

—La gente se sorprende por nada —dijo Ángel—. Y además, es tonta. Se les presenta una mujer diciendo que es Amalia Lucientes, y lo único que se les ocurre es interesarse respecto a si esa mujer existe, sin hacer más averiguaciones. Lo mío era más fácil de pasar, pues no dije ser nadie importante, pero debieron interesarse más por Amalia Lucientes, ¿no te parece?

—Eso no nos habría convenido a nosotros, mi amor —dijo Amalia—: mi amiga Amalia Lucientes aceptó esconderse a la espera de que nosotros hiciéramos esta pequeña investigación, para que yo ocupase su puesto, pero si hubieran investigado a fondo quizá la habrían encontrado, y entonces, claro, habrían sabido que yo no era Amalia Lucientes, la rica petrolera venezolana. Por cierto, cuando salgamos de aquí no nos olvidemos de avisar a Amalia de que ya puede reanudar su vida normal.

—Le enviaremos una postal desde la isla —dijo Ángel—. Creo que ya sé cómo saldremos de aquí.

—¿Cómo?

—Utilizando un helicóptero.

—Genial idea. ¡Jamás se me habría ocurrido a mí! —ironizó Amalia.

Ángel se acercó a ella, le pasó una mano por la nuca, la atrajo, y la besó en los labios.

—¿Estás bien? —se interesó.

—No tanto como tú, pero estoy bien. Y si vas a preguntarme si esta noche he estado preocupada por ti, pues no, porque olí las manchas de vino, vi la silla frente a la cama, olí el vino, y me imaginé cuál era tu jugada. ¡Pero si hubiera sabido lo que estabas haciendo!

—¡Bah, ha sido una tontería! El amor y lo que ha pasado aquí no tienen el menor punto de contacto. Y lo de esta noche aquí ha sido una tontería.

—¿Y qué es el amor?

—¡Ya empezamos de nuevo! ¿Tengo que decirlo otra vez?

—¡Desde luego que sí!

—Está bien —se resignó Ángel—: amor es lo que siento por, ti, y por nadie más que por ti, ahora y siempre..., aunque la muerte nos separe.

—Eso ya me gusta más —suspiró Amalia Lucientes—. Aunque la muerte nunca nos separará: o viviremos eternamente o moriremos juntos.

Besó brevemente a Ángel los labios, bajo la estupefacta mirada de Su Majestad y los otros tres sujetos, a quienes Ángel miró de pronto, y sonrió de un modo que les puso los pelos de punta.

—Se me está ocurriendo que podría quedarme encerrado con

vosotros en este lugar y daros una paliza de muerte, pero no tengo ganas de molestaros. De modo que poneros delante de las cadenas para que Luis XXV, creador y director de reyes de pacotilla, os encadene. Majestad, ¿me hace el favor?

En cuestión de segundos los tres hombres estuvieron encadenados. Ángel miró a Brigitte, titubeó, y por fin, personalmente, la encadenó también, mientras la muchacha le miraba con expresión mortecina. Todavía estaba lívida, y encogida como si tuviera un atroz dolor en las entrañas. Por último, Ángel Tomás ató de pies y manos a los dos sujetos del cuarto de control, y miró a Amalia. Esta señaló la puerta.

—Volvamos a tus aposentos, Majestad —ordenó.

Todo seguía igual cuando llegaron allí, Ángel se acercó a Dieter, que había recuperado el conocimiento hacía tan poco que ni siquiera había reunido energías y concentración mental para ocurrírsele gritar pidiendo ayuda. Dieter miró con expresión de alarma a Ángel, pero éste sonrió amablemente.

—Te vas a quedar aquí, señor jefe de policía, atado y, muy pronto, amordazado, y así estarás cuando llegue la policía y el servicio secreto francés, en el que Amalia y yo tenemos algunos amigos y a los que vamos a avisar, en cuanto estemos fuera del palacio...

—Jamás saldréis de aquí —jadeó Strauss—. ¡Y te haré pedazos!

Ángel se acuclilló junto a él.

—Te diré cómo vamos a salir, salvo que a mi amada Amalia se le haya ocurrido una idea mejor: Su Majestad va a pedir por teléfono un helicóptero para que nos recoja a ambos a las puertas del palacio y se ponga a nuestra disposición. Entonces, simplemente, nos iremos y avisaremos al SDECE y a la policía. Lo demás, se lo dejaremos a ellos, a nosotros nos aburren los nidos de ratas.

—Y además —dijo Amalia—, tenemos que ocuparnos de vuestros reyes de todo el mundo. Pero tampoco nos molestaremos en eso: pasaremos aviso a todos los servicios secretos cuyo país esté afectado, y ellos terminarán el trabajo, mientras nosotros tomamos el sol. A propósito, mi amor: ¿sabes que Dieter es un asesino con gran imaginación? Han guillotinado a Vallance Cornell.

—¿Qué me dices? —pareció sorprenderse Ángel Tomás.

—Sí. Es un mal bicho que no merece vivir.

Ángel Tomás asintió, puso la boca del silenciador de la pistola que empuñaba con la mano derecha sobre el corazón de Dieter Strauss, y apretó el gatillo. Dieter Strauss no tuvo tiempo ni de asustarse. Su rostro se desencajó con tremenda crispación, todo su cuerpo saltó, y luego quedó relajado, inmóvil. Ángel se irguió, y se volvió a mirar a Luis XXV, cuya palidez no podía ser mayor.

—Pide el helicóptero para nosotros, Majestad. Y deja bien claro que

vamos a salir solos y que nadie debe molestarnos. Si noto en tu voz algo que me haga desconfiar te mataré.

Luis XXV asintió, mudo, y se acercó al teléfono. Aspiró hondo, y descolgó el auricular. Amalia y Ángel le miraban fijamente mientras daba las instrucciones, que merecieron su aprobación. Luis XXV colgó el auricular, y los miró con ojos saltones.

—Ustedes..., ustedes son unos asesinos...

—¿Nosotros? —se pasmó Amalia—. ¡Esta es buena! Si te refieres a Strauss te notifico que nosotros llamamos a eso una ejecución de asesino, no un asesinato. La gente como Dieter Strauss está mejor muerta. En cambio, lo que habéis hecho con Vallance Cornell sí es un asesinato..., y daréis cuenta de él.

—Nunca encontrarán su cadáver. ¡Nunca podrán demostrar que aquí se ha cometido un asesinato! Pero ustedes... ustedes sí han asesinado a Dieter. ¡Ustedes tendrán que dar cuenta de ese asesinato!

Amalia y Ángel se miraron, al parecer consternados. Luego, Amalia miró a Luis XXV, y dijo:

—¿Sabes que quizá tengas razón, Luis? Y puesto que vamos a ser buscados por un asesinato... ¿qué importa que cometamos otro? Porque resulta que se me está ocurriendo que tú eres un cobarde, pero todavía peor bicho que Dieter Strauss, y si lograbas escapar volverías a las andadas. Y eso no nos gusta nada a Ángel y a mí. ¿Verdad, mi amor?

—Verdad —dijo Ángel Tomás, indiferente.

—Pues si los dos estamos de acuerdo, cometamos un asesinato más en palacio. Un asesinato regio, de verdadera importancia. Es todo un honor asesinate, Majestad.

—¡No! —gritó Luis XXV—. ¡A mí, no me mat...!

Plop, chascó el disparo efectuado por Amalia Lucientes. Su Majestad Luis XXV de Royaume d'Azur recibió la bala en pleno corazón, retrocedió emitiendo un ahogado quejido, y fue a quedar sentado en uno de los suntuosos sillones. Amalia Lucientes buscó con la mirada, vio la regia peluca, la tomó, y se acercó a Luis XXV, poniéndosela de cualquier manera sobre la calva cabeza.

—Y así termina la historia, Majestad; con un asesinato en el palacio.

ESTE ES EL FINAL

JEAN Duvalier les acompañó hasta el helicóptero, no poco desconcertado, pero obediente a las órdenes que había impartido poco antes Luis XXV. Y ya se disponía a despedirse definitivamente de ellos, cuando Ángel dijo:

—Hombre, ya que está usted aquí, acompáñenos, monsieur. Y si está pensando en rechazar la invitación, olvídelo, o quedará muerto aquí mismo. No es ninguna broma. ¿Verdad, Amalia?

—Oh, sí, mi amor; verdad.

Cuando Duvalier quiso reaccionar, el helicóptero ya se estaba elevando, con Ángel Tomás a los mandos. En el asiento de atrás, Duvalier miraba a Amalia fijamente. Era un hombre inteligente. Sabía que algo imprevisto estaba ocurriendo. Y no tenía ni idea de qué podía hacer, de cómo podía afrontar la situación. Tal vez si aprovechara la ocasión para atacar a Amalia...

—Olvídelo —dijo ella, mirándole fijamente—. A menos que quiera que le rompa un brazo y lo tire vivo desde el helicóptero. Se terminó el juego, monsieur Duvalier. Ahora, le llevaremos con unos amigos a los que explicará usted todo el asunto y les acompañará para que se hagan cargo de este reino. Ah, y tendrá que arreglárselas para devolverme mis cincuenta mil dólares.

—¿Quiénes son ustedes? —jadeó Jean Duvalier.

—¿Se lo decimos, mi amor? —preguntó Amalia.

—Bueno. De todos modos los del SDECE querrán saberlo... Y no nos irá mal un poco de publicidad.

—Me parece que tienes razón —asintió Amalia, mirando amablemente a Duvalier—. Bueno, él es Elvis North, y yo soy Alice Wetmoreland, ambos de la Vigilancia Universal, más conocida por sus siglas en inglés de la Watch Wide World, es decir, la WWW. Nos dedicamos a vigilar las cosas raras y sobre todo las que huelen mal en este cochino mundo. Y cuando algo nos huele mal, pues... lo enterramos. Y lo del Reino de Azul olió muy mal, porque tenemos un finísimo olfato. ¡Vaya, ya estoy harta de estos dientes...!

Amalia Lucientes se quitó los dientes superpuestos a los suyos, y acto seguido los aditamentos de disfraz que deformaban su rostro. Luego, con exquisito cuidado, despegó la cicatriz..., mientras Jean Duvalier,

atónito, miraba su nuevo rostro encantador..., que mejoró cuando Alice Westmoreland se quitó las lentillas de contacto, dejando al descubierto sus pupilas azules.

—Sacre... —jadeó por fin Duvalier.

—Cosas del oficio —le sonrió Alice Westmoreland—. Pero todo tiene sus compensaciones, monsieur. Dentro de poco, mientras usted se pudre en la cárcel, nosotros estaremos disfrutando del sol y de la vida... Y por favor, no nos pida que le invitemos; nos gusta estar solos... cuando no nos dedicamos a matar bichos.

FIN